

SS
SERVICIO SECRETO

CLARK CARRADOS

LA CHICA DEL CALENDARIO

La chica del calendario era para mí una obsesión. El calendario estaba situado en la pared frontera a mi mesa de despacho y cuando no tenía que hacer, que solía ser las más de las veces, me pasaba las horas muertas contemplándolo.

Por supuesto, tenía mucho que contemplar. Merecía la pena perder, no una hora, sino diez diarias en mirar el calendario.

Era muy sencillo y sin estridencias. La chica estaba retratada en una postura indolente, más no excitante en modo alguno, como si el fotógrafo la hubiera sorprendido en un momento de reflexión a solas. Además, estaba vestida de pies a cabeza.



Clark Carrados

La chica del calendario

Bolsilibros - Servicio Secreto - 572

ePub r1.0
LDS 24.08.17

Título original: *La chica del calendario*
Clark Carrados, 1964
ePub modelo
LDS
, basado en ePub base r1.2





Clark Carrados

La chica del calendario

1ª. edición

julio -1961

EDITORIAL
Proyecto, 2-T. 284453



BRUGUERA
BARCELONA (6)

La CHICA del calendario

por CLARK CARRADOS



Capítulo primero

La chica del calendario era para mí una obsesión. El calendario estaba situado en la pared frontera a mi mesa de despacho y cuando no tenía que hacer, que solía ser las más de las veces, me pasaba las horas muertas contemplándolo.

Por supuesto, tenía mucho que contemplar. Merecía la pena perder, no una hora, sino diez diarias en mirar el calendario.

Era muy sencillo y sin estridencias. La chica estaba retratada en una postura indolente, más no excitante en modo alguno, como si el fotógrafo la hubiera sorprendido en un momento de reflexión a solas. Además, estaba vestida de pies a cabeza.

Sí, ya sé que esto suena a raro: una chica de calendario, es decir, una *cover-girl*, una muchacha que presta su físico para las fotografías publicitarias, que aparezca completamente vestida, de los pies a la cabeza, o mejor dicho, de los pies a la garganta, es tan raro como un caimán con reuma. Pero, en fin, así era, aunque si bien se mira, el traje que vestía era tan revelador como… ¿Cómo qué?

Veamos la fotografía y tratemos de describirla. El pelo era negro, de ese negro azulado como se ve muy pocas veces, y aparecía desparramado como un gran abanico detrás de su cabeza, que aparecía apoyada en una mano y el codo en el suelo en que ella se hallaba tendida, como si descansase, a solas con sus pensamientos.

Los ojos eran verdes, de un verde intenso, magnético, y miraban fijamente al que contemplaba la fotografía, como tratando de atraerle al mundo irreal e inexistente en que ella vivía. Su piel, la poca que se le veía, pues sólo tenía al descubierto la del rostro y las manos, era de un bronce dorado maravilloso, adquirido (daba la sensación) por procedimientos completamente naturales, sin

potingues de ninguna clase. Era así y bastaba.

Luego venía el cuerpo. Estaba enfundado en una malla de una sola pieza, que dejaba únicamente tres aberturas: para la cabeza y las manos. La malla era blanca y adheríase por completo a su cuerpo cual una segunda epidermis. Del cuerpo no quiero hablar; era chica de calendario, y con eso ya está dicho todo. Dicha malla le cubría incluso los pies, que aparecían descalzos. Y por último, estaba tendida en el suelo, un suelo que parecía ser blando, pero no excesivamente, como de goma espumosa. El color del suelo era púrpura de cardenal, con lo cual, el contraste entre sus negros cabellos, los ojos verdes, el rostro bronceado y la impoluta blancura de su malla, causaba un efecto sumamente agradable a la vista.

¿Su edad? Quizá veinticinco años, como máximo. Más no podía tener; al menos, eso me parecía a mí, que me hubiera enamorado de muy buena gana de ella, si no fuera porque estimaba que era tan inalcanzable como la Luna.

Entró de repente mi secretaria, arrancándome a la contemplación de aquella muchacha maravillosa. La señorita Duplessis estaba bien, pero no podía compararle, ni por asomo, con la chica del calendario.

Vio lo que estaba haciendo e inmediatamente frunció el ceño.

—En lugar de mirar tanto a esa individua, podría hacer algo para mejorar el saldo de nuestra cuenta en el Banco, jefe —dijo un tanto rencorosamente—. Acabo de recibir una nota en la que se nos anuncia tenemos un descubierto de siete centavos.

—Menos mal —suspiré—. La última vez que nos escribieron, el descubierto era de ochenta dólares. Siete centavos los tiene cualquiera, ¿verdad?

—Sí —contestó la Duplessis con cierto desdén—. Cualquiera que no se llame Earl Spencer. Como usted. Tome —me arrojó una carta sobre la mesa—. Puede que ahí aparezca algo con qué pagar la cuenta del carnicero de esta semana.

—María —dije, moviendo la cabeza—, ¿cuándo se corregirá usted del vicio del pesimismo?

—Cuando me pague los ciento veintitrés dólares que me debe —dijo la chica. Exhaló una risa nerviosa—. Entré a trabajar para usted creyendo que tendría un sueldo fijo asegurado; pero nunca creía que podría convertirme en prestamista de mi propio jefe.

—Está bien, está bien —respondí—. Entiendo de sobra las indirectas. Ya le pagaré un día de éstos.

—¿Sí? Si es cierto, es posible que ese día sea decretado como fiesta nacional. Vamos, lea la carta; estoy ardiendo en curiosidad por conocer qué nueva deuda nos reclaman.

A punto de abrir el sobre, levanté la vista y la miré.

—María, ese «nos» estaría mucho mejor aplicado a su novio, el inefable sargento de la Policía ciudadana Martin Klanner. A propósito, ¿qué tal sigue?

—Deseando atraparle a usted en un renuncio para quitarle la licencia.

—Y no lo ha hecho hasta ahora porque usted se quedaría sin empleo, ¿no es así? —dije sarcásticamente, rasgando el sobre de un tirón.

Al abrir la carta, un rectángulo de papel alargado, de color azul claro, cayó sobre la mesa. Lo tomé y leí la cifra escrita.

—Vaya, regalos de Navidad en agosto. Tome, preciosa, vaya saldando nuestras deudas con ese maná que acaba de caernos del cielo postal.

La mano de María se apoderó del cheque como una garra. Lo leyó y emitió al instante una exclamación de asombro.

—¡Cielos! ¿Quién es el potentado que se atreve a jugarse con usted doscientos cincuenta dólares?

¡Leí la carta detenidamente! Luego se la entregué. La carta decía lo siguiente:

«*Mr.* Earl Spencer.

»715, Bowding Street.

»Estimado señor:

»Le adjunto este cheque como anticipo de los honorarios de un trabajo que pienso encomendarle. El resto de dichos honorarios será convenido de acuerdo con los términos que fijemos en la entrevista que espero celebrar con usted en el día de hoy, a las cinco de la tarde, en mi casa de Pacific Hill, número 302.

»Atentamente,

J. Kerrigan».

—Bueno, ¿a qué espera? —resopló María—. Son ya las cuatro y cuarto, de modo que no puede perder muelle tiempo si quiere ganarse esos doscientos cincuenta dólares y lo que siga. ¡Vamos, jefe, muévase!

—Ya voy, ya voy —contesté refunfuñando—. María, compadezco a su esposo cuando tenga pereza para levantarse por las mañanas.

Tomé mi sombrero y me encaminé hacia la puerta, pero cuando ya estaba llegando a ella, me volví:

—María, ¿por qué no me da usted en metálico el resto del cheque? Puesto que le debo ciento veintitrés, quedan…

Ella lanzó un suspiro de resignación. Fuese hacia su bolso y extrajo unos cuantos billetes.

—No tengo más. Cuarenta dólares, señor Spencer. Es todo mi capital.

—Suficiente. ¡Quédese con el chequease lo regalo!

—Tendría que darme diez más como éste para quedar en paz —refunfuñó, pero lo último ya no lo pude escuchar.

Capítulo II

El número 302 de Pacific Hill se hallaba en la parte alta de una colina sembrada de casas de aspecto residencial, bastante separadas entre sí, lo cual deja un espacio suficiente para que ningún vecino pueda entrometerse en la vida de los otros. Prácticamente estaba situado en la misma cima, lo cual le confería una posición privilegiada con respecto a los demás edificios.

Detuve el coche a la entrada del jardín que circundaba la casa. Bajé y durante unos segundos estuve admirando el edificio, que era de un modernismo total y rabiosamente futurista, como jamás había contemplado hasta entonces.

Levanté el pestillo de la puerta de la cerca y crucé el jardincillo que rodeaba el edificio, acercándome a la escalera de acceso. Ésta era de peldaños voladizos y, estaba construida con tal arte que parecía flotar en el aire. Subí los peldaños y al llegar al rellano, la puerta de entrada se descorrió silenciosamente a un lado.

—Bienvenido, señor Spencer —dijo una voz que parecía nacer de todos los rincones.

Miré a derecha e izquierda, sin hallar a la propietaria de la voz, pues era evidente que se trataba de una mujer. Di unos pasos dentro del vestíbulo, grandemente desconcertado al no advertir en él ninguna clase de muebles. Sólo se veían las paredes desnudas y el suelo, éste blando y esponjoso, pero sin el menor adorno de ninguna clase.

«Vaya —pensé—. Ese J. Kerrigan debe hallarse en peor situación que yo. Hasta se le han llevado los muebles…».

—La puerta de la derecha, por favor, señor Spencer —dijo de nuevo la voz.

Aquello empezaba a parecerme sumamente extraño. No

obstante, obedecí las indicaciones y me dirigí hacia la puerta señalada, que al igual que la de entrada, se descorrió apenas me acerqué a ella.

Entré en una habitación tan grande como dos veces el vestíbulo. Allí sí que había muebles: seis cojines y nada más. Y también una mujer.

—*¡Usted!*

La exclamación se me escapó sin poder evitarlo. Ella me miró, un poco sorprendida.

—¡Cómo! ¿Es que me conoce, señor Spencer? Sacudí la cabeza.

—Jamás hubiera soñado en encontrarme frente a usted, señorita…

—Kerrigan, Jovita Kerrigan —dijo ella, aumentando mi asombro con sus palabras. Así, pues, el firmante de la carta era nada menos que la chica del calendario.

Vestía exactamente igual que en la fotografía, excepto por el color de su malla, que era ahora de un verde manzana muy claro. También tenía el cabello recogido en la nuca en un tirante moño. Todo lo demás —y había en ella mucho de «todo lo demás», contemplado al natural— era exactamente igual a como yo lo había visto hasta entonces.

—¿Cómo es que me conoce usted? —preguntó, un tanto sorprendida.

—La fotografía del calendario —dije, y entonces ella se echó a reír.

—Es cierto. Debí haberlo sospechado desde el primer momento, señor Spencer. Bien, ¿quiere sentarse?

Miré en torno mío. Allí no había ninguna silla, sólo cojines.

Ella sonrió. Estaba junto a uno de los muros, de color *shocking pink*[1], y apretó un botón.

Al instante, un cómodo sillón surgió de la pared junto a la cual me hallaba yo.

—¿Esto es una casa para personas normales o se trata de un edificio embrujado? —pregunté, tomando asiento en el sillón, que no era otra cosa que una tabla de sesenta centímetros de lado, aunque muy blanca y cómoda, desde luego.

—Más adelante se enterará usted de las restantes peculiaridades del edificio, señor Spencer. Una de ellas es que cualquier habitación

sirve como dormitorio. Esta misma, por ejemplo. Cuando usted tiene sueño, es suficiente con graduar el termostato a la temperatura que desee y tenderse en el suelo. No es necesario más.

Miré hacia las dos paredes de la izquierda. Eran sendos muros de cristal. Ella advirtió mi gesto de sorpresa. El Océano Pacífico se divisaba perfectamente desde allí, pero también las casas de los vecinos, situada la más alejada a unos sesenta o setenta metros de distancia. Por la noche debería ser sumamente fácil ver lo que sucedía en aquella habitación.

Jovita Kerrigan sonrió. Pulsó otro botón y al instante los dos vidrios se hicieron opacos.

—Soslayado el inconveniente, señor Spencer.

Tragué saliva. Aquello empezaba a resultar demasiado para mí. Con dedos temblorosos saqué un cigarrillo y lo encendí. Un cenicero brotó del suelo al instante, en un delgado y largo pie de metal negro, haciéndome dar un respingo.

—Tendrá usted que acostumbrarse a las rarezas de esta casa, señor Spencer —dijo ella—. Todo es automático, movido por la electrónica. Para obtener cualquier cosa que se desea, no hay sino apretar el botón correspondiente.

—¿También para tomar una copa? —dije con cierta ironía.

—También —repuso ella muy seria. Apretó un botón y un panel que había frente a mí se descorrió hacia arriba, dejando ver un bar magníficamente surtido—: ¿Qué desea beber? —preguntó.

—Er… *whisky*. Con dos dedos de agua solamente. Sin hielo.

Me lo trajo y durante unos segundos percibí en los míos la magnética mirada de sus ojos verdes que aun en pleno día parecían fosforescer con un resplandor semejante a los de los felinos. Luego, me entregó la copa y ella tomó un sorbo de la suya.

Volvióse y caminó, ondulando cadenciosamente, hacia el rincón donde había permanecido hasta entonces. Se tendió en el suelo a medias, adoptando una postura muy similar a la del calendario. El verde claro de su malla contrastaba agradablemente con el rosa chocante de las paredes y el suelo.

—Todos estos automatismos que tanto le han maravillado a usted, señor Spencer, son el motivo de que le haya llamado para utilizar sus servicios, en el caso de que acabemos por entendernos.

Pensando en María, me dije que forzosamente tendríamos que

entendernos. ¿Cómo iba a devolverle, si no, el cheque va *consumido*?

—El autor de todas estas maravillas, de las Cuales usted no ha visto sino una ínfima parte —continuó ella—, se llamaba Barry Spirow. Era mi prometido y murió asesinado dos días antes de la fecha fijada para nuestra boda. Quiero que encuentre a sus asesinos y los entregue a la justicia. Por todo ello le pagaré dos mil quinientos dólares, señor Spencer.

La miré tranquilamente durante unos segundos.

—Me temo que eso no podrá ser, señorita Kerrigan.

—¿Por qué?

—Usted ha equivocado el disco conmigo —manifesté—. No soy el clásico detective a lo Mickey Spillane. Solamente soy un investigador que, en la inmensa mayoría de los casos, se dedica a recopilar informes comerciales para quien los necesita. Algunas veces me he dedicado a seguir mujeres volubles por encargo de esposos celosos o esposos volubles por mandato de mujeres celosas, pero nada más. De crímenes y asesinatos, ni hablar.

Ella suspiró y al hacerlo se le hinchó brevemente el seno, esbelto y mórbido y firme bajo la tensa malla que lo cubría. Estoy seguro que debajo de aquella tela, no llevaba nada más que su propia piel.

—Es una lástima —dijo—. Yo creía haber hecho una elección acertada con usted, pero veo que me he equivocado.

Dejé la punta del cigarrillo en el cenicero y me puse en pie.

—Soy bastante amigo del sargento Klanner, de la policía ciudadana —dije—. Si quiere, le puedo hablar…

Ella sacudió la cabeza.

—No. La policía ya ha hecho todo cuanto podía hacer —contestó —. No darán un paso más para continuar un caso que han declarado oficialmente cerrado.

—¿Cómo lo sabe usted?

—Me lo comunicaron.

—Bien —suspiré—. Lo siento otra vez. Los crímenes no son mi especialidad. Lamento haberle hecho perder su tiempo, aunque, por supuesto, no lo lamento en lo que a nuestro conocimiento se refiere. Me gustaría ayudarla, palabra, pero no puedo hacerlo. Además, me extraña que se haya fijado especialmente en mí, el hombre menos indicado para llevar a cabo sus propósitos.

—¿Usted cree? —dijo con negligencia—. No es usted un investigador de fama, ha actuado hasta ahora en cosas completamente distintas a las que yo he tratado de encomendarle, nadie, casi, le conoce y, en fin, nunca nos hemos visto hasta este momento. Las condiciones necesarias para investigar la muerte de mi prometido, son, pues, ideales.

—Es una lástima —dije—. Me hubiera gustado ayudarla, pero no puedo entremeterme en el camino de la policía. Perdería mi licencia y vivo de ello, ¿comprende?

—Son dos mil quinientos dólares, señor Spencer.

—Aun así. Gracias por haberse fijado en mí y gracias por haberme dado la ocasión de conocerla. Sinceramente, es la cosa que más ardientemente había deseado en mi vida durante los últimos tiempos.

—¿De veras? —sonrió, evidentemente halagada.

—Se lo juro —respondí con acento de absoluta sinceridad—. Su fotografía me tiene robado el corazón.

—¡Cuánto me alegra oírle hablar así, señor Spencer! Otros comentarios no han sido tan halagadores.

—Los que los hicieron tendrían barba mental, se lo aseguro —reí. Ella me acompañó durante unos segundos y luego se puso seria.

—Celebro haberle conocido también, señor Spencer. —Se puso en pie y caminó hacia mí. Aun yendo descalza, era muy alta y su frente me llegaba al puente de mi nariz.

Estreché su mano, cálida y llena de vida.

—Adiós —me dijo.

—Le devolveré el cheque a la mayor brevedad posible, señorita Kerrigan.

—Olvídelo. Considérelo como sus honorarios por la molestia. Gracias de todas formas. Salimos hacia el vestíbulo. Una vez más me volví a mirarla. Dentro de mí empezó a romperse algo. Una vocecita interior me decía: «¡Ayúdala, ayúdala!», pero la sensatez se impuso.

Bajé los escalones y me dirigí hacia la salida. A unos metros de mi coche vi parado un sedán negro.

Había tres hombres en el coche, cuyo aspecto no me gustó nada. Fumaban en silencio, mirando frente a sí, como si no les importara en absoluto contemplar el espléndido panorama que se divisaba

desde aquella altura.

La presencia de aquel trío frente a la casa de Jovita me dio mucho que pensar. ¿Qué diablos podían hacer allí tres fulanos como aquéllos con una pinta de «torpedos» que no podían con ella?

Acabé por encogerme de hombros. Quizá no eran más que aprensiones mías. Ni siquiera me dedicaron una leve mirada de curiosidad. Con que me senté tras el volante y arranqué, trepando un poco para girar más arriba del sedán.

Luego me encaminé hacia la ciudad. Pero apenas había recorrido una docena de metros, se me ocurrió mirar por el retrovisor.

Los tipos se habían bajado del coche y cruzaban el jardín en dirección a la casa de Jovita. Aquello me escamó. ¿Por qué no lo habían hecho desde el primer momento?

Frené la marcha del coche y saqué la cabeza por la ventanilla. El trío remontaba ya la escalera.

Seguí rodando unos metros más hasta que los hube visto desaparecer en el interior del edificio. Entonces apliqué el freno y me bajé del coche.

Caminé a buen paso hacia la casa. Quizá iba a meterme donde no me llamaban; muy posiblemente iba a cometer una espantosa *gajfe*, pero quería asegurarme de las intenciones del trío.

Subí los peldaños de cuatro en cuatro. La puerta volvió a descorrerse al hallarme a un metro de distancia. Esto era fácil de suponer: una célula fotoeléctrica que activaba el mecanismo de apertura. Pasé al otro lado y no digo que caminé de puntillas porque con aquel pavimento no era necesario guardar tales precauciones.

De pronto sonó una voz que me sobresaltó. Era hombruna y tenía un acento bronco, desagradable.

—Vamos, preciosa, vamos, dinos dónde están los planos.

—No sé nada de lo que están diciendo —contestó la muchacha. Su voz parecía serena—. Barry Spirow no quiso decírmelo nunca.

—¿Crees que nos vamos a tragar esa bola? Tú eras su prometida, estabas al corriente de todos sus proyectos y todos sus inventos. Era un magnífico inventor, pero todo cuanto había hecho hasta entonces era pura porquería comparado con su último descubrimiento. Y eso es lo que nosotros andamos buscando,

¿comprendes?

—Comprenderlo, claro que lo comprendo —respondió ella sin amilanarse—. Ahora sería preciso saber dónde están los planos que ustedes acaban de mencionar, porque yo no tengo la menor idea de ello.

—Déjame, Shackles —dijo una voz distinta a la primera que había escuchado—. Tú no sabes cómo tratar a las mujeres. Yo, sí.

E inmediatamente se oyó el chasquido de una bofetada, seguido a continuación de un gemido ahogado.

Aquello hizo que me hirviera la sangre en las venas. Por un momento, estuve indeciso; ellos eran tres y posiblemente armados, pero ella era *La Chica del Calendario*, la mujer a quien yo había contemplado durante tantas y tantas horas, enamorado platónicamente de ella y ansiando dar un brazo o cosa así por conocerla. Y ahora que la había conocido y se encontraba en un grave aprieto, ¿iba a dejarla a solas con sus apuros?

No lo dudé más. Avancé hacia la puerta, que se descorrió sola, y penetré un par de pasos en la estancia.

Jovita estaba tendida en el suelo, con la mano sobre la mejilla golpeada. Sus ojos brillaron de puro júbilo al verme.

—¡Spencer! —gritó.

Al oír mi nombre, los tres individuos se volvieron simultáneamente hacia mí. Uno de ellos refunfuñó:

—¿Qué hace aquí este tipo?

—Se lo voy a decir ahora mismo —contesté, y antes de que pudiera apercibirse a la defensa, le aticé con todas mis fuerzas en la mandíbula.

El tipo cayó al suelo con los pies por alto. Otro de sus compañeros lanzó un bramido y se arrojó sobre mí, haciendo voltear los brazos como aspas de molino.

Aguardé su llegada. Cuando ya estaba sobre mí, me agarré con todas mis fuerzas al brazo derecho. Metí el hombro y giré en redondo. Los pies del tipo perdieron el contacto con el suelo y lo hice volar por los aires. El suelo podría ser blando, pero la pared era dura. Chocó contra ella y perdió el conocimiento.

Quedaba un tercero. Éste se dio cuenta de que en un cuerpo a cuerpo su victoria resultaba muy problemática. Con que metió mano a la chaqueta y sacó una pistola.

No sé qué hubiera sido de mí si en aquel momento Jovita no le hubiera lanzado un almohadón con todas sus fuerzas. El cojín le golpeó en la nuca, haciéndole perder momentáneamente el equilibrio.

No le dejé recobrarse. Levanté el pie derecho, golpeándole en la mano armada y haciendo volar la pistola por los aires. Al quedarse desarmado, el tipo pareció bastante confundido.

—¡Bravo, Earl! —gritó la muchacha.

Aquel grito de ánimo me reconfortó notablemente. Hasta entonces había sido un obscuro investigador, cuya vida se había desarrollado en un medio puramente rutinario y carente de incentivo. Ahora era un héroe y tenía que defender a una dama, precisamente a la misma que había ocupado mis pensamientos durante tantos y tan largos meses.

Sin vacilar más, me arrojé contra el rufián, golpeándole con todas mis fuerzas, con ambos puños. Le castigué bien los flancos —parecía como si hubiese estudiado boxeo por correspondencia—, y cuando lo tuve maduro, le apliqué un terrorífico gancho de derecha al mentón que lo fulminó en el acto.

No me faltó sino ponerle el pie encima, hinchar el pecho y lanzar un grito a lo Tarzán, pero fue Jovita la que lo hizo:

—¡Cuidado, Earl!

Me volví rápidamente. Vi que algo obscuro y al mismo tiempo brillante, descendía sobre mi cabeza. Era una pistola, cuyo cañón atravesó fácilmente el aro de defensa de mis brazos, impactando con terrible fuerza sobre mi cráneo.

Creí que la frente me estallaba en mil pedazos y que éstos eran arrojados al espacio, despidiendo tras sí enceguecedoras estrellas de todos los colores. Luego, repentinamente, el suelo subió con gran rapidez hacia mi rostro. El color *shocking pink* se volvió de pronto negro del todo.

CAPÍTULO III

Me desperté mucho más tarde, tendido en algo blando y cómodo. Tenía una bolsa de hielo sobre mi frente, en la cual parecía haber un grueso clavo de hierro que me atravesaba el cráneo de lado a lado.

Abrí los ojos. Estaba solo en una habitación tapizada en color verde pálido, sobre un lecho que se hallaba en el centro de la misma. El lecho no tenía mantas ni sábanas; sólo una almohada en la cual se reclinaba mi dolorida cabeza. La cama pendía del techo por cuatro cables situados en sus esquinas.

La habitación estaba a oscuras, aunque entraba un ligero resplandor por la ventana situada a mi izquierda. De pronto, una suave luz se encendió en los cuatro ángulos a la vez.

La puerta se descorrió un segundo más tarde y Jovita penetró por ella, portando en las manos una pequeña bandeja. El olor del café me llegó a la nariz con agradables efluvios.

Jovita sonrió.

—¿Se encuentra mejor?

—Tengo la cabeza como si me la hubiese pateado un rebaño entero de búfalos drogados. ¿Qué fue lo que sucedió al final?

Ella se sentó en el borde del lecho y vertió café en una taza. Me incorporó sobre un codo y tomé el platillo que me ofrecía con una mano y la taza con la otra.

—Nada. Le zurraron a usted y se marcharon prometiendo volver a verme otro día. Bebí un sorbo de café.

—¿Quiénes eran? ¿Los conoce usted?

—No exactamente, aunque tampoco puedo considerarlos como desconocidos. Llevaban ya un par de semanas siguiéndome a todas partes, pero hasta hoy no habían tenido contacto directo conmigo.

—De modo que la seguían, ¿eh? —dije, muy pensativo—. ¿Puedo conocer los motivos?

—Si no trabaja para mí, ¿qué le puede interesar lo que me ocurra? —dijo con amargo desdén—. Oh, por supuesto, le estoy muy agradecida por su intervención, pero no quiero seguir complicándole más la vida.

Había un tubo de aspirinas en la bandeja. Me tomé dos, haciéndolas pasar con la ayuda de otra taza de café. Luego dije:

—¿No tiene un cigarrillo? Oiga —añadí, señalándome la frente con el dedo índice—. Ahora yo tengo algo que cobrarme de esos tipos, señorita Kerrigan. Además, ellos le pegaron y usted es para mí…

Bueno, yo me puse muy colorado y ella también. Encendió dos cigarrillos para disimular su turbación y me pasó uno, cuyo humo aspiré con deleite.

—De veras, señor Spencer —insistió—, quiero evitarle a usted mayores disgustos.

Cuando crea que está repuesto, váyase. Váyase y no vuelva más por aquí.

Se puso en pie y caminó hacia la pared cercana a la puerta. Pulsó un botón y se abrió un hueco, en el que depositó la bandeja. El hueco se cerró casi al instante. Puso las manos tras la espalda y se apoyó en el muro, mirándome fijamente.

—Dijo que hacía unos cuantos días que la perseguían esos tipos. ¿Por qué? ¿A causa de ciertos planos que oí mencionar cuando la estaban golpeando?

—La curiosidad puede acarrearle muchos disgustos, señor Spencer.

—Llámeme Earl, como lo hizo antes. Y conteste a mis preguntas. Ella suspiró.

—Está bien. No se queje si… Escuche, esta casa fue planeada y construida por Barry. Era un hombre terriblemente ingenioso. Todo es automático aquí, absolutamente todo. Pero no es la casa lo que más vale de lo que hizo. Tenía patentados otros inventos, algunos de los cuales empezaban ya a rendirle dinero en abundancia. Sin embargo, él decía que todo cuanto había inventado era pura tontería comparado con lo que tenía en la cabeza.

»Barry me lo confiaba todo. Claro que yo no entiendo de detalles

técnicos, pero le comprendía muy bien cuando, por ejemplo, me decía: “Voy a inventar un secador de aire automático con el cual no tendrás que molestarte más que en poner el pelo, mojado”. Ahí lo tengo, en el cuarto de baño. Basta decir: “Aire caliente” o “Aire frío” y “Alto” para ponerlo en funcionamiento o para detenerlo. Cuestión de una célula influenciada por el número de vibraciones sonoras, creo. No sé mucho más.

—Demonios —exclamé, olvidado ya por completo de mi dolor de cabeza—. Esto parece de novela de *science-fiction* más que cosa real. ¿Y no patentó ese secador?

—Supongo que sí —manifestó la muchacha, encogiéndose levemente de hombros—. Pero había otra cosa que le interesaba mucho más y de la cual no me quiso decir nunca nada en absoluto. Lo único que sé de este último invento son dos cosas. Una, que Barry decía que iba a revolucionar por completo al mundo. La otra, que ya tenía hechos los planos y que sólo le faltaba construir el prototipo para comprobar su teoría. Fue entonces cuando le asesinaron. Y no he vuelto a saber nunca más del asunto.

—¿No le habló siquiera del lugar donde guardaba los planos?

—En absoluto.

—¿Sabe usted si tiene o tenía alquilada una caja fuerte en un Banco?

—No. No la tuvo nunca. Con el dinero era muy desprendido. En realidad, casi ignoraba su valor. Yo tenía que administrárselo para que pudiera vivir. Olvidé decirle que primeramente fui su secretaria y que por ello estaba enterada de muchas cosas referentes a él. Ya le digo que nunca se preocupó del dinero. La anterior secretaria le robaba a mansalva, hasta que entré yo. Entonces fue cuando su cuenta corriente empezó a crecer.

Me froté la mandíbula pensativamente. Busqué con la vista un cenicero y al instante surgió uno del suelo. Va no me impresioné; puse en él el cigarrillo consumido y volví a la carga.

—Entonces si no tenía caja fuerte, esos planos tienen que estar guardados en algún sitio. ¿Dónde trabajaba? ¿Aquí?

—No. Tenía su estudio en un edificio propio situado en el 618 de Porter Street. Esta casa iba a ser la nuestra cuando nos hubiéramos casado. Decía que cuando volviese de trabajar, no quería ver a su alrededor nada que le recordase su labor. Aquí se

limitaría a descansar.

—Y muy a gusto —rezongué. Con una casa como aquélla y con Jo vita de dueña, cualquiera descansaba placenteramente—. Dígame —continué—: ¿No se le ha ocurrido nunca registrar el estudio en busca de esos planos?

—Pues, no, en absoluto.

—¿Por qué razón?

—Su muerte me conturbó notablemente. Después… bien, al no estar él, ¿para qué quería preocuparme de unos planos que ni siquiera sabía si me podrían rendir algo positivo? Verá, Barry era muy complicado trabajando y la mayor parte de las cosas se las hacía él mismo, en una especie de tallercito instalado al lado del estudio. Claro que a veces compraba las piezas o las encargaba hacer, pero nunca mandó que le hicieran otros un prototipo. Salvo en una ocasión, y le funcionó tan mal, que prometió formalmente no volver a reincidir en el mismo pecado. Decía que nadie le sabía interpretar sus planos. Ésta es, casi, la razón por la cual apenas me he molestado en buscarlos.

—Pues los tipos que me pegaron, sí estaban ansiosos por hallarlos. Lo que no comprendo es por qué durante tantos días la han seguido sin molestarla y hoy han entrado de repente, como si hubiesen querido recuperar el tiempo perdido.

—Sospecho que habrán pensado que usted podría ser un posible adquisidor de esos planos y por eso habrán querido hacerse con ellos a toda costa.

—Es una explicación muy lógica, Jovita —manifesté aprobatoriamente—, pero ¿cómo se explica usted que ellos están enterados de la existencia de tales planos? ¿Había hecho públicos sus proyectos? ¿Lo sabía alguien más que usted?

—No, que yo sepa.

—Entonces… —Me froté la mandíbula con aire dubitativo—. De todas formas, alguien tema que estar enterado del asunto, Jovita. De lo contrario no se explica la actuación de esos tipos.

—Pues la verdad, no sé quién pueda ser. Se lo digo con toda sinceridad, Earl. Cerré los ojos y medité un momento. Luego dije:

—¡Lo primero que va a hacer usted es darme una lista de personas con las cuales se relacionaba de modo digamos científico o comercial! Me refiero a los que le suministraban piezas o le hacían

algún aparato por encargo suyo. Iré a interrogarlas y de este modo es posible que saque algo en limpio. ¿Las recuerda usted?

—Algunas sí, otras no. Tendría que ir al despacho, que era donde Barry tenía toda su documentación.

—Magnífico. Iremos los dos, porque, además, lo que acaba de decirme me ha inspirado una idea. Si no tenía caja fuerte en el Banco, es muy posible que esos planos estuviesen guardados en algún lugar de su laboratorio. —Consulté mi reloj—. Son las nueve de la noche y tengo cuarenta dólares para gastarlos en una buena cena con usted.

Jovita sonrió imperceptiblemente.

—De modo que ha decidido ayudarme —manifestó.

—No, sino ganarme el dinero que me ofreció. Francamente, lo necesito bastante.

—Me decepciona usted, Earl. Creí que seguía siendo la chica del calendario para usted.

—Todo se puede compaginar, ¿no cree? Bien, ¿piensa ir al restaurante vestida así? Se contempló de arriba abajo y luego me miró:

—¿No cree que obtendría un éxito sensacional? —dijo.

Acto seguido dio inedia vuelta y mientras caminaba, exclamó:

—Aguárdeme un poco, vuelvo enseguida.

Regresó un cuarto de hora más tarde. Había modificado ligeramente el peinado y se había cambiado de ropa. Llevaba puesto un vestido rojo, entubado, que le dejaba los broncíneos hombros al descubierto. En la mano llevaba un bolso negro y sus zapatos, de altísimo tacón, eran del mismo color que el vestido.

—¿Vamos?

Moví ligeramente la cabeza en señal de admiración.

—Estar junto a usted debe ser lo mismo que estar sentado encima de un barril de pólvora con un cigarro encendido en la boca.

—Le advierto que sé usar muy bien el extintor de incendios —dijo—. Vamos.

La velada resultó muy agradable. Si aquella mañana, cuando me levanté, me hubieran jurado que iba a cenar con la chica del calendario, no lo hubiera creído. Pero era verdad, la pura verdad, y a cada minuto que transcurría me sentía más y más inclinado hacia

ella. Una vez hubimos concluido, alrededor de las nueve y media, salimos del restaurante, encaminándonos en mi coche al número 618 de la calle Potter. La casa estaba situada casi al final de la misma y era un viejo edificio que estaba pidiendo a gritos la piqueta del demoledor. Sólo tenía planta y un piso y aparecía un tanto separada de las demás edificaciones, como si antes de extenderse la ciudad, hubiera sido una especie de quinta destinada al recreo y a los fines de semana. Ahora, a pesar de la mala luz que había en aquel lugar, su aspecto, más que tétrico, era de descuido y abandono.

Jovita dijo:

—A pesar de que insistí en más de una ocasión, Barry no quiso nunca reparar la fachada. Decía que con que estuviese bien lo del interior era más que suficiente.

—Si el estudio estaba bien, en medio de todo, no dejaba de tener razón.

Cruzamos la acera. Ella abrió el bolso y extrajo del mismo una llave, que insertó en la cerradura. Entonces la puerta se abrió por sí sola, antes de que Jovita hubiera podido hacer girar la llave.

La muchacha me miró, entre intrigada y asustada. Acercóse a mí.

—Earl, alguien ha estado aquí —murmuró.

—¿Está segura? —pregunté.

Ella movió la cabeza afirmativamente. Entonces la aparté a un lado.

—Déjeme, yo iré primero.

Terminé de abrir la puerta, maldiciendo el leve chirrido de sus goznes al girar. Crucé el umbral, encontrándome en un lugar de absoluta obscuridad.

—¿Dónde está el interruptor? —pregunté.

Sentí junto a mi rostro el aliento de la muchacha. Sus manos se crisparon en torno a mi brazo.

—Earl —musitó—, tengo miedo. Siento una presencia extraña en la casa. Aquí hay alguien.

Toqué su mano suavemente.

—No se preocupe y deseche sus aprensiones. Ande, de la luz.

La muchacha asintió. Fue a hacerlo, pero en aquel momento lanzó un agudo grito.

—¡Earl!

Me volví rápidamente. La agarré por los hombros. Temblaba convulsivamente.

—¿Qué le pasa, criatura?

—Ha… hay alguien aquí —sollozó, frenética de miedo—. Estoy segura. Me ha tocado ahora en la mano… Oh, Dios mío, estoy asustada de veras… Era una cosa suave, pero repelente al mismo tiempo…

Busqué los fósforos y encendí uno. Al instante comprendí los motivos de las aprensiones de la muchacha.

Había una gran telaraña que cruzaba el vestíbulo en sentido diagonal, uniendo dos de las paredes de aquel rincón. Parte de la telaraña estaba apoyada sobre el interruptor y esto era lo que había motivado el grito de Jovita.

La tela de araña se movió repentinamente. Jovita se me agarró de nuevo. Un insecto de ocho patas, negro y peludo, corrió a esconderse en su agujero al encenderse la luz. Sentí una desagradable impresión en la boca del estómago; francamente, nunca me han gustado las arañas.

Miré en torno mío. El vestíbulo estaba muy sucio y abandonado, como si nadie hubiese estado allí desde unos cuantos meses a esta parte. Todo el suelo estaba cubierto de una delgada pero consistente capa de polvo, cosa lógica si se comprendía la antigüedad de la casa. En una más moderna, el polvo apenas si se hubiese notado.

—¿Por dónde empezamos? —pregunté en voz baja, imitándola inconscientemente.

—Los laboratorios, talleres y mi antiguo despacho están en el piso superior. Aquí no hay más que una especie de cocina, con un cuarto dormitorio, para cuando sus investigaciones se prolongaban demasiado, y el cuarto del generador. Barry se producía él mismo la energía eléctrica, así podía tener siempre el volumen deseado en voltaje.

—Bien, vamos arriba.

Nos acercamos a la escalera. A punto de poner el pie en el primer peldaño, la mano de Jovita se crispó sobre mi brazo, hundiéndome sus afiladas uñas en la carne. Se oprimió temerosamente contra mí, sin que, naturalmente, yo opusiera la menor resistencia a aquel agradable contacto.

Luego, extendió su brazo izquierdo, que temblaba perceptiblemente. Con voz apagada, pero llena de terror, exclamó:

—¡Mire, Earl!

Respingué. La muchacha tenía razón para espantarse. Y yo para arrugar el ceño, pues había señales delatoras de que alguien había estado allí antes que nosotros.

Una larga teoría de huellas de pies remontaba la escalera desde su mismo comienzo. El polvo abundante acumulado durante aquellos seis meses había sido hollado no hacía muchas horas por alguien que había estado en aquella casa antes que nosotros.

Jovita y yo nos miramos. Luego, tomándola del brazo, dije:

—Vamos.

Empezamos a subir la escalera. Apenas si había un pequeño rellanó en el piso superior con dos puertas. El suelo estaba cubierto de huellas de pasos que iban y venían en todas direcciones. No había duda alguna; alguien nos había precedido. ¿Con qué objeto?

Jovita señaló las dos puertas, una tras otra.

—Ésta es la de mi antiguo despacho —dijo—. Empezaremos por aquí, si le parece. —Y abrió la de la izquierda.

Al cruzar el umbral, nos encontramos con una estancia similar a muchas dedicadas a análoga función. Una mesa, dos sillones, un diván de cuero obscuro en un lado, un teléfono, un par de archivadores y una mesita con una máquina de escribir, todo con bastante polvo también, aunque se veía claramente que lo habían limpiado en muchos lugares, seguramente para registrar la oficina.

Como digo, era una estancia como muchas similares dedicadas a análoga función, salvo por un detalle: por regla general, las oficinas no suelen albergar cadáveres. Y en aquélla había uno.

CAPÍTULO IV

Jovita exhaló un ahogado gemido y se volvió, ocultando la cabeza sobre mi pecho, al mismo tiempo que sus afiladas uñas se me clavaban en la carne. Mis ojos se desorbitaron al ver al individuo que yacía muerto en el despacho.

Se hallaba sentado tras la mesa, vencido hacia adelante, con una inmovilidad absoluta. En la mano derecha sostenía aún una pluma, con la cual había estado escribiendo, según parecía, hasta momentos antes de morir. Su cabeza estaba apoyada de lado sobre la mesa, pero el tronco estaba relativamente recto y del centro de su espalda asomaba el mango de lo que luego pude identificar como una navaja de resorte.

Jovita empezó a estremecerse con fuerza. Adiviné que estaba al borde del ataque de nervios.

—¡Calma, muchacha! —la recomendé, palmeándole suavemente la espalda—. Está muerto y ya no puede hacer mal a nadie.

Aguardé unos momentos a que Jovita se recuperase un poco. Luego pregunté:

—¿Podrá mantenerse sola si la dejo? Aspiró profundamente.

—Ssssí… Creo que aguantaré, Earl.

—Bien. Entonces no mire. Siéntese y espere.

Tomé uno de los sillones y se lo acerqué, dándole la vuelta, a fin de que la muchacha pudiera dar la espalda al cadáver. Jovita se sentó, procurando dominar sus temores. Sonrió débilmente.

—Lo siento, Earl; es… es la primera vez que me encuentro en un caso semejante.

—Algo parecido me sucede a mí —dije, disponiéndome a inspeccionar la escena del crimen y la víctima.

Pasé al otro lado de la mesa, Con todo cuidado, levanté la

cabeza del muerto, contemplándole el rostro que era el de un hombre de alguna edad, aunque relativamente joven, pues parecía tener unos cuarenta y dos años; No era desagradable su semblante, ni tampoco estaba deformado por la agonía; lo único que se advertía en él era una expresión de sorpresa. Esto quería decir una cosa: que el que le había apuñado era conocido suyo y que no había esperado un ataque por la espalda. De lo contrario, se hubieran advertido señales de lucha y allí no las había.

Solté la cabeza con todo cuidado, procurando no causar la menor perturbación. Era preciso que no quedasen allí huellas de nuestro paso.

Le examiné la espalda. La puñalada había sido certera, casi fulminante. Apenas si tenía en la ropa algunas manchas de sangre, lo cual probaba que la hemorragia había sido interna. Esto es lo que suele suceder cuando un arma cortante interesa el corazón y es mantenida en la herida, en lugar de ser arrancada para asestar un solo golpe. Y por la postura del cuchillo se advertía con toda claridad que el golpe había atravesado el corazón.

Después miré sus manos. En la derecha sostenía una pluma con la cual, seguramente, había estado escribiendo algo hasta antes de morir. Pero allí, sobre la mesa, no se veía nada escrito.

—Si lo hizo —musité—, se lo habrá llevado el asesino.

Luego le miré la mano izquierda. Sujeto con los dedos ya rígidos por la muerte, vi un minúsculo trocito de papel blanco. Se lo quité, alisándolo sobre la palma de la mano.

—Debió escribir algo y el asesino se lo llevó para no dejar ninguna huella delatora de su paso —me dije—. Pero se equivocó, porque hay algo que puede ser fatal para él.

Cerré los ojos pensando en la escena. Después de matarlo, el asesino, posiblemente, debía haberse dedicado a registrar la estancia. Quizá, en el entretanto, la víctima había tenido tiempo de escribir algo, muy posiblemente el nombre de su matador. La hipótesis era razonable, entre la puñalada y la muerte podían haber transcurrido algunos segundos, quizá hasta dos minutos. Suele decirse una muerte fulminante, pero esto sólo suele ocurrir en los casos en que, por ejemplo, una bala interesa directamente el cerebro o cuando la víctima perece a consecuencia de una explosión que la destroza totalmente. Pero en los demás casos, siempre suele

producirse un plazo de relativa consciencia, un estado crepuscular durante el cual la inteligencia aún no ha sido opacada totalmente.

Y, con toda seguridad, el muerto había pasado por uno de esos estados. Lo suficiente para tratar de escribir alguna palabra delatora que pudiera indicar a las autoridades alguna pista sobre su asesino.

Permanecí unos momentos inmóvil, en el centro de la estancia, mirando una y otra vez aquellas tres letras que habían formado parte de una palabra o, ¿quién sabía si de un mensaje completo?

El trozo de papel decía esto:

… rme…

Aún había, a continuación de la «e» un rasgo que no podía definirse bien. Tanto podía ser una «z» como una «n», como muchas de las restantes letras del alfabeto. Pensé un momento en algún nombre o algún apellido que pudiera tener esas tres letras.

¿Carmen? ¡Hum! No era un nombre muy corriente allí… a no ser que hubiese mejicanos de por medio.

Sin acertar con aquel enigma, me guardé el papel en el bolsillo con todo cuidado.

Luego dije:

—¿Jovita?

—¿Sí, Earl?

Ella continuaba aún en la misma postura en que la había dejado.

—Tengo necesidad de usted. Me gustaría hiciera acopio de valor y que viniera hasta aquí para ver si conoce al muerto.

Noté claramente su suspiro. Luego se puso en pie y se volvió. Se adivinaba la palidez bajo la capa bronceada de su epidermis.

—Sí —dijo sencillamente.

La tomé del brazo para evitar se cayera.

—No tenga miedo —insistí—. Es desagradable, pero está muerto y no hace daño. —Y de pronto, asiendo por los cabellos la cabeza del muerto, la levanté para que ella pudiera verle las facciones con toda comodidad.

Vi que su labio inferior temblaba. Pero fue fuerte y supo mantenerse en pie. Sacudió la cabeza.

—No, no le conozco… No le he visto en mi vida —dijo con un soplo de voz apenas perceptible.

—Está bien —contesté—. Vuelva al sillón y espéreme.

—¿Qué piensa hacer? —preguntó ansiosamente.

—Pues registrar esto, naturalmente —respondí—. Estamos buscando los planos del famoso invento de Barry, ¿no es eso?

—Es claro —musitó. De repente se irguió—: Le ayudaré, Earl. Dígame qué es lo que tengo que hacer.

Apreté su brazo con gesto afectuoso.

—Buena muchacha —dije—. Pero, en todo caso, es usted la que ha de decirme por dónde he de empezar. Usted conoce esto mucho mejor que yo. Ha estado aquí trabajando y todo el ambiente ha de serle familiar a la fuerza. Señale usted la primera etapa de nuestro trabajo.

Ella se encaminó sin vacilar hacia los ficheros. De vez en cuando, se estremecía perceptiblemente, pero poco a poco fue normalizándose hasta comportarse al final casi con toda naturalidad. Y es que hasta a los tipos con un cuchillo en la espalda llega uno a acostumbrarse.

Permanecimos allí durante tres horas largas, en cuyo espacio de tiempo no pudimos hallar nada que pudiera indicarnos el menor rastro de los planos que buscábamos. Finalmente, Cansados y cubiertos de polvo, hubimos de desistir de nuestras investigaciones. Lo único positivo fueron unas cuantas direcciones que anoté en mi agenda.

Encendí un cigarrillo y le puse uno en la boca. Fumamos en silencio durante unos momentos. Luego dije:

—Este laboratorio llevaba ya un bastante tiempo abandonado, ¿no es así?

—Cierto. Desde que murió Barry. Entonces hice inventario de todo y lo cerré. Ello ocurrió hará unos seis meses. Comuniqué el suceso por carta a sus presuntos herederos, unos tíos suyos que viven en Louisiana, pero no he recibido la menor respuesta a pesar de haberles escrito por segunda vez. Sé que consideraban a Barry como una especie de chiflado, pero del cual no podía sacarse nada positivo. Pensarían que sus inventos y esta casa carecían de valor; por ello no quisieron molestarse en los trámites de la herencia, ya que, según me dijo Barry, su situación económica era bastante buena.

—Tendrá que darme la dirección de esos parientes. Volveré a

escribirles por mi cuenta; quizá yo obtenga algo.

—Muy bien —concordó ella. Luego sugirió—: Creo que ya es hora de irnos.

Recogí su cigarrillo y en unión del mío lo arrojé por el sumidero del pequeño cuarto de aseo contiguo con el fin de no dejar rastros de nuestro paso allí, aunque bien sabía Dios que con aquella capa de polvo por el suelo tales precauciones resultaban poco menos que inútiles. Después tomé su brazo y nos encaminamos hacia la salida.

Llegamos al vestíbulo. En el momento en que me disponía a apagar la luz, la puerta se abrió y tres hombres irrumpieron en ella con cierta violencia.

Jovita exhaló un pequeño grito. Los otros y yo quedamos mirándonos un tanto estúpidamente, pues nos habíamos reconocido en el acto. Eran los tres individuos que habían asaltado a la muchacha aquella misma tarde.

—¡Condenación! —masculló uno de ellos, echando mano a la pistola antes de que pudiera impedírselo—. Levanten las manos, pronto.



Jovita y yo obedecimos en el acto. Los dos restantes sacaron también sus pistolas.

—¿Qué hacían ustedes aquí? —Gruñó uno de ellos de mal talante.

—Esperando el autobús —dije, haciendo un chiste malo.

El tipo movió la mano. El contacto de su pistola con mi mejilla fue leve, pero bastó para dejarme dormido aquel lado de mi cara. Vacilé y terminé por caer al suelo, con un millón de pájaros cantando alegremente dentro de mi cerebro.

Un pie me golpeó el costado con fuerza. Jovita quiso interceder, pero uno de los rufianes la empujó a un lado con fuerza. La muchacha hubo de apoyarse en la pared para no caer también.

Quedé medio tendido sobre aquel sucio pavimento, sin poder moverme, pero oyendo con toda claridad la conversación de aquellos forajidos.

—¿Qué hacemos con éstos? —preguntó uno.

—Sólo una cosa —dijo otro—. Hemos venido a deshacernos del fiambre. Es seguro que ellos lo han visto. Por lo tanto, no pueden salir vivos de aquí.

Me estremecí. El aspecto de aquellos canallas decía bien a las claras que nuestras vidas les importaban un pimiento.

—Pero ella… —arguyó el tercero, vacilante—, sabe dónde están los planos.

—No es seguro. Encuentro mucho peor que se hayan enterado de la muerte del tipo de ahí arriba. El jefe se pondría furiosísimo si supiera que los hemos dejado libres después de haber encontrado el cadáver. Porque lo habéis encontrado, ¿no es cierto, preciosa? —concluyó el fulano, dirigiéndose a Jovita.

La muchacha no supo negarse. Entonces, el pandillero sonrió siniestramente.

—Bueno, el tipo de ahí arriba no se quejará demasiado por tener compañía en su viaje al infierno. Tú —me miró detrás de su pistola—, condenado curioso, ponte en pie.

Obedecí, sintiendo que la mejilla se me estaba hinchando por momentos. Las piernas me parecieron de goma, pero poco a poco fueron adquiriendo consistencia.

Se acercó a Jovita y la agarró del brazo, empujándola hasta situarse a mi lado. Luego, sin dejar de vigilarnos, cuchicheó algo con sus compinches, quienes estallaron en grandes carcajadas. Cualquiera hubiese dicho que acababa de relatarles una nueva fechoría de Daniel, el Travieso.

Uno de los rufianes se marchó del vestíbulo, riendo todavía.

—Muy bueno, pero que muy bueno —decía, en tanto se metía por una de las puertas que daban al vestíbulo.

Los otros dos nos mostraron la escalera.

—Suban, pronto.

Obedecimos. Tomé por el brazo a Jovita, pero casi más era por sostenerme yo que no por sostenerla a ella. De todas formas, ambos necesitábamos apoyarnos mutuamente el uno en el otro.

Llegamos al despacho donde aún estaba el cadáver. Los forajidos

indicaron los sillones, en los cuales nos sentamos en silencio.

Aguardamos unos minutos, durante los cuales nadie pronunció una sola sílaba. Después sentimos ruido de pasos y unos instantes después apareció el tercero de los pandilleros con unas cuerdas en la mano.

—Es lo único que he podido encontrar —manifestó.

—Suficiente —dijo el que parecía ser el jefe—. Atadlos bien a los sillones. Los brazos por detrás y las piernas a las patas.

Jovita me miró angustiada. ¿Qué pretendían hacer con nosotros aquellos tipos?

Pronto pudimos saberlo.

Los sillones eran de tubo de acero, un tipo algo anticuado, pero relativamente livianos. No obstante, para lo que aquellos tipos pretendían hacer, era suficiente. Pronto estuvimos ligados a los mismos con unos nudos de indestructible solidez.

Entonces, el jefe de los bandidos se acercó a Jovita y le pasó la mano por uno de sus hombros, deleitándose en el gesto. Ella trató de apartarse con una expresión de asco en sus ojos, pero no pudo hacer otra cosa que ladear un poco la cabeza.

—Lástima —dijo cruelmente el fulano—. Unas carnes tan hermosas y que tengan que tostarse como si fueran las de un cochinillo al horno.

El vello se me erizó de repente. Jovita no pudo contenerse y exhaló un grito.

—Grita todo lo que quieras —rió el forajido—. Nadie puede oírte y si ello ha de servirte de desahogo… Vamos, muchachos, al trabajo.

El trío se dirigió hacia la puerta. Antes de cerrarla, el fulano se volvió para mirarnos con una sonrisa llena de sadismo.

—¡Saludos a Satanás! —dijo, y cerró. Entonces Jovita y yo nos quedamos solos.

CAPÍTULO V

La miré fijamente.

—Jovita —dije con voz ronca.

—Sí, Earl. —Su voz temblaba, a pesar de sus esfuerzos por mantenerla firme.

—Esos tipos van a matarnos. Antes de morir quiero decirle una cosa. Vacilé un segundo. Luego continué:

—Nunca supuse que pudiera sucederme una aventura semejante. Pero deseo que sepa que siempre he estado enamorado de usted, Jovita, Nunca la había visto ni la había tratado hasta este día. Solamente la conocí de la fotografía del calendario. Creo que me enamoré de usted desde el primer día en que me lo trajeron a la oficina. En aquel momento hubiera dado algo bueno por poder conocerla y… bien, por haber podido —expresarle mi amor. Sé que esto suena a raro, quizá a incoherente, pero es la verdad. Nadie se enamora de una fotografía y posiblemente sea así; sin embargo, cuando día tras día se desea con toda vehemencia conocer a la persona retratada y luego resulta ser exactamente como es en la fotogr… perdón, mucho mejor que en la fotografía, entonces ese amor platónico se convierte en algo que no tiene nombre siquiera y que infunde en el ánimo una sensación de gloria como jamás hubiese creído podía percibirse. No me importa morir a su lado, Jovita; es la verdad, no se trata de una frase al uso. Lo único que me disgusta es no poder hacer nada por salvarla.

Una lágrima rodó por las mejillas de la muchacha.

—Gracias, Earl —dijo—. Hacía años que no oía palabras tan consoladoras como las suyas. Gracias otra vez.

Hizo una corta pausa. Su seno, turgente y mórbido, se dilató ligeramente al suspirar.

—Es usted un hombre de una pieza, Earl —dijo.

Un olor extraño invadió de pronto la habitación. Por debajo de la puerta empezó a penetrar una debilísima línea de gasa gris.

—Todo lo hombre que usted quiera, Jovita —refunfuñé—, pero que no es capaz de sacarla de este apuro.

Sonrió de una manera que acabó por volverme idiota.

—¿Sabe, Earl? Después de haberle oído, ahora se me hace menos duro morir. Quise contratarle creyendo que sería usted un individuo poco menos que del montón, un hombre corriente, anodino, en el cual no se fijaría nadie por ningún motivo, lo cual podría facilitar, esperaba, sus investigaciones. Ahora veo que me he equivocado, para bien mío, y ello me alegra. Dios le bendiga, Earl, por las palabras que dijo antes.

—Me considero suficientemente pagado con haber oído esas palabras, Jovita —dije.

El olor a chamusquina se acentuó. Al otro lado de la pared oímos un par de estampidos muy apagados.

—¿Hay sustancias inflamables en el laboratorio? —pregunté.

—Me temo que sí —manifestó ella, repentinamente seria.

—Esto es un inconveniente —dije. Y de pronto me sentí desesperado—. Jovita, no encuentro ningún medio para salir de aquí.

—¿Qué tal si nos pusiésemos de espaldas a la espalda? Podríamos intentar desatarnos los nudos de las manos con los dedos que están libres —sugirió ella.

—Bueno —concordé—. Probarlo no cuesta nada.

El resultado fue un completo fracaso. Cuando nos convencimos de que, de aquella manera, los nudos no podrían ser desatados, el desaliento más absoluto nos invadió. Para entonces la temperatura ya se había elevado notablemente.

—Bueno —dije—. Ya que no podemos soltarnos, al menos quiero morir viendo su rostro, Jovita.

Y acto seguido empecé a mover el sillón, arrastrando los pies para situarme frente a ella. Pero en aquel momento reparé en algo que me había pasado desapercibido hasta entonces.

—¡¡Jovita!!

Mi grito resultó tan fuerte que la muchacha se asustó.

—¡Earl! ¿Qué sucede?

—¡No se mueva! ¡Creo que tengo la solución!

Volví a mover los pies. Ahora lo hacía con la mayor rapidez posible, a pesar de lo cual mi avance resultaba lentísimo, pues las piernas apenas si tenían juego a causa de las cuerdas que las sujetaban a las patas del sillón. Pero todo mi anhelo era llegar al otro lado donde estaba la mesa y donde estaba el cadáver… y donde había un cuchillo que podía servir para cortar las ligaduras.

Con el rabillo del ojo vi que Jovita giraba para verme. Ella gritó también al comprender mi idea.

Finalmente, pude situarme al lado del cadáver. Estiré el cuello, pero *mi boca* no llegaba al mango del cuchillo. Lancé una maldición.

—¡Earl! —gritó de pronto la muchacha—. ¡Mire!

Volví el rostro y la sangre se me paró un instante en las venas. Una roja lengua de fuego asomó un segundo por debajo de la puerta, y se retiró al momento, aunque dejando tras sí una columna de humo. La temperatura alcanzaba ya cifras muy notables.

Volví a alargar el cuello. *Tenía* que alcanzar con la boca el cuchillo. Era nuestra única posibilidad de supervivencia.

Mis esfuerzos resultaron inútiles. Por más que lo intentaba, no podía llegar al mango del cuchillo. Y al otro lado se oía cada vez con más fuerza el crepitar del incendio. El humo empezaba a pasar por debajo de la puerta con mayor intensidad.

Loco de furia, casi sin saber lo que me hacía, arremetí con la cabeza contra el cadáver, derribándolo al suelo. El choque me estremeció hasta los huesos, pero en aquellos momentos acuciantes yo no tenía más que una idea fija, obsesionante: salvarme y salvar a Jovita.

Me eché al suelo, retorciéndome convulsamente para acercarme al cadáver, que estaba tendido de costado. A, fuerza de empellones con la cabeza, a fuerza de dejarme la mitad de la piel del rostro contra el suelo, conseguí volverlo boca abajo. Entonces me puse casi encima, como si fuese una tortuga con el sillón como coraza y alargué el cuello.

Sentí en mis dientes el consolador contacto del mango de hueso de la navaja. Apreté con fuerza y tiré hacia arriba.

El ruido del acero al salir pareció el de un tejido de seda al rasgarse. En cualquier otro momento, aquello me hubiese helado la sangre en las venas. Entonces todo se me importaba un comino.

Con el cuchillo entre las manos, caminé como pude, arrastrándome y cayendo a veces, pero sin soltarlo bajo ningún concepto, hacia donde estaba Jovita. La muchacha se había percatado de mis intenciones y, para facilitarme la tarea, se había vuelto de espaldas.

Hice un esfuerzo y me puse de rodillas. Tenía los pulmones a punto de estallar, el rostro empapado de un líquido que no sabía si era sudor o sangre o las dos cosas, y las quijadas me dolían a fuerza de apretar el cuchillo con los dientes.

Me acerqué a la muchacha y ladeé la cabeza de modo que me pareció se me iba a partir el cuello. Conseguí colocar el filo de la navaja, obscura de sangre seca, sobre los nudos que sujetaban sus muñecas. Empecé a mover la cabeza hacia arriba y hacia abajo.

El calor se hacía ya insoportable. La puerta ardía ya por la parte de abajo.

—Date prisa, por el amor de Dios, Earl —dijo ella, tuteándome sin darse cuenta.

Sentí que cedía un nudo. Y luego otro y luego otro. No sé cuándo fue, pero de pronto oí un grito triunfal de la muchacha.

—¡Earl, ya está!

Escorzó el cuerpo y me quitó el cuchillo de entre los dientes. Tuvo que hacer fuerza; las mandíbulas se me habían agarrotado.

Caí al suelo, jadeante y sin aliento, completamente exhausto. Vi que Jovita cortaba las ligaduras de sus piernas y luego venía hacia mí.

—Earl, Earl —repetía una y otra vez.

Percibí claramente el siseo del cuchillo al cortar las cuerdas. Al fin me noté libre.

Fue Jovita la que me ayudó a ponerme en pie, pues yo no podía casi. Vacilé y hubiera caído a tierra de no ser por ella.

—Earl, ánimo —dijo.

La miré. En aquel momento me pareció maravillosa como nunca.

—No sé si saldremos con vida todavía —dije—, pero no me importa. Te he conocido y eso me basta.

No esperé su respuesta. Tambaleándome, caminé hacia la puerta. Agarré el pomo y la abrí.

Un chorro de llamas penetró al instante. Volví a cerrar y sólo entonces advertí que el pomo quemaba. Lo solté, mascullando una

imprecación.

—La ventana —dije, un segundo antes de que se oyera un estruendo horroroso, que indicaba que algo había caído, devorado por el incendio, cuyo bramar aumentaba por segundos.

Abrí la ventana. El aire relativamente fresco de la noche alivió un poco nuestros torturados pulmones. Luego miré hacia abajo.

—Tendremos que saltar. Ella asintió.

—Tú lo harás primero —dije. La tomé en mis brazos y la hice pasar por el antepecho, dejándola sentada sobre el mismo. Luego la cogí por las muñecas, en las cuales se veían aún las huellas de las ligaduras.

La dejé caer poco a poco, inclinándome todo cuanto pude sobre el alféizar.

—Suéltame ya —dijo ella. Abrí las manos y percibí el choque de su cuerpo contra el suelo.

—¿Estás bien? —pregunté.

—Sí. Date prisa —me urgió.

La puerta ardió de pronto, convirtiéndose en una enorme llamarada, cuyo resplandor me abrasó el rostro. Pasé por encima del antepecho y luego me colgué del mismo. Después me dejé caer.

Rodé por el suelo, incorporándome en el acto. A lo lejos empezaron a oírse las sirenas de los bomberos.

Corrimos como locos, apartándonos de aquel lugar de infierno. La casa ardía ya por los cuatro costados, convertida en una inmensa hoguera cuyo resplandor disipaba las tinieblas en un gran radio.

En la seguridad de un lugar obscuro, presenciamos durante unos momentos los trabajos de extinción. Luego sentimos en nuestros cuerpos la reacción opuesta y, sin podernos contener, nos abrazamos estrechamente.

Acaricié el cabello de la muchacha. Me parecía un imposible, un sueño, una loca fantasía, pero la chica del calendario estaba en mis brazos. Era ella, sí, no un espíritu; era ella en carne y hueso, y su cuerpo adorable, cálido y palpitante estaba junto al mío.

Y cuando bajé la cabeza buscando ávidamente sus labios, Jovita no supo negarse a la caricia. Su mano tanteó mi cuello y acabó por crisparse en mi nuca.

CAPÍTULO VI

Podrá echarse a broma, pero la cosa me costó dos días de cama, durante los cuales apenas si pude moverme. Finalmente, al tercer día me sentí en la casi plenitud de mis facultades físicas y pude levantarme.

Después de un sólido desayuno, tras el largo baño caliente, me noté completamente restablecido. Claro que aún había en mi cara rastros de los golpes sufridos. En la frente y en el pómulo izquierdo tenía dos hermosos moretones, pero no les concedí importancia. Ya se pasarían, pensé.

Al terminar, busqué en la guía telefónica el nombre de Jovita. Marqué su número. Escuché su voz de inmediato.

—¡Earl! ¿Cómo te encuentras?

—Bastante mejorado, chiquilla. ¿Y tú?

—Perfectamente. He tenido que tomar algunos calmantes, pero ya se me ha pasado todo. ¿Vas a venir a verme?

—Lo siento. Hoy no sé si podrá ser, aunque bien sabe Dios que nada me gustaría más que hacerlo.

—¿Por qué, Earl? —Su voz indicaba la decepción que sufría.

—Tengo que hacer. Recuerda. Me diste una lista de nombres. Quiero interrogar a las personas con las cuales se relacionaba Barry.

—Claro. Entiendo —dijo pensativamente—. De todas formas me gustaría verte.

—¿Tienes algo nuevo que contarme? —inquirí.

—Tengo que verte. ¿Te parece poco motivo? —dijo, y sentí que el corazón se me desbocaba.

—Es un motivo magnífico —asentí. Luego quise probarla—. Jovita, te advierto que yo no he estado retratado en ningún calendario.

Rió argentinamente.

—Me lo supongo —contestó—. Pero… lo que tú hiciste por mí, no lo hubiera hecho ningún otro hombre, Earl.

—No me gustaría que me invitases por gratitud, Jovita.

—No lo hago por gratitud —dijo ella con sencillez. Guardé silencio un momento. Luego dije:

—A las ocho y media iré. Hasta luego.

—Hasta luego, Earl.

Colgué el teléfono y permanecí meditando durante unos momentos. ¿Qué clase de cambio había sufrido mi vida en tan corto espacio de tiempo? Siempre dije, soñando, por supuesto, que si un día encontraba en mi camino a la chica del calendario, mi existencia se transformaría, pero nunca supuse que fuera de un modo tan radical.

De todas formas, no me importaba. En aquellos momentos me sentía como un chiquillo abandonado ante una mesa atestada de golosinas. Sabe que luego vendrán la indigestión y la purga, pero en esos momentos sólo piensa en lo que tiene delante. Lo mismo me sucedía a mí: mi platónica contemplación había estallado en un amor furioso e irreprimible, y lo que luego pudiera sucederme, aun la pérdida de la vida, me tenía sin cuidado.

Cuando hube terminado mis reflexiones, marqué el número de mi oficina. María se puso al momento.

Su voz estaba llena de sarcasmo.

—¿Ya terminó la juerga, jefe?

—Usted hubiera dado el sueldo de un par de años por no intervenir en esa supuesta orgía —mascullé—. Escuche, guapa, con el permiso del sargento Klanner, tome nota de la carta que voy a dictarle. Está dirigida al señor Thomas E. Dustly, Stapleton Place, 73, New Iberia, Louisiana. ¿Lista?

—Cuando quiera, jefe.

Estuve dictando durante cinco minutos. Al terminar, agregué:

—Eso es todo. Fírmela en mi nombre y échela al correo. Ponga un sello de urgencia.

—Muy bien. ¿Nada más? ¿No va a venir por la oficina?

—No. Tengo que hacer unas visitas. He de ganarme los sueldos que la adeudo, María.

—Me parece una idea excelente. De todas formas, en el correo

de esta mañana acaba de llegar una carta para usted. No va dirigida a la agencia, sino a usted. *Estrictamente confidencial*, indica en el sobre.

—Usted es chica que guarda los secretos, María. Léame la carta, por favor.

—Muy bien. —Hubo una pausa. Después oí una exclamación—: ¡Jefe!

—¿Qué sucede, María?

—Si no es una broma, entonces no me gusta lo que le dicen. ¿A quién ha ofendido usted?

—Antes de contestar, quiero saber qué es lo que dice la carta. Vamos, María, no me tenga sobre ascuas.

—Bien, señor Spencer. Ahí va. Agárrese. *Se ha salvado usted de una buena. La próxima no fallaremos y buscaremos otro medio mejor que el juego*. Y firma: *Un amigo.*

—Un amigo, un cuerno —mascullé—. Bien, rompa esa carta y no se preocupe más. El tipo ese tiene ganas de broma.

María debió hacer algunas reflexiones porque, de pronto, preguntó:

—Jefe, ¿esta carta tiene algo que ver con el incendio del otro día en unos laboratorios que estaban cerrados? Aparecieron los restos de un individuo muerto, completamente carbonizado.

—Tristes consecuencias de la orgía a que usted aludió antes —contesté con acento voluble. Y colgué antes de que María pudiese seguir asaeteándome con sus preguntas.

Hecho esto, me dispuse a salir. Tenía que visitar a unas cuantas personas que habían tenido relaciones con Barry Spirow. La primera de la lista era un tal P. Scarmer, de Barrow Street, número 134.

¡Scarmer!

El nombre me golpeó de repente con la potencia de una bala de fusil. Recordé el trocito de papel que había hallado en la mano del muerto: *¡… rme…!* ¿Sería aquél el asesino?

Permanecí indeciso cosa de treinta segundos. Después, tomando mi sombrero, salí de casa rápidamente. La indecisión y la subsiguiente rapidez tenían unas causas bien definidas. Había nada menos que cuatro personas en la lista que me había dado Jovita en cuyos nombres o apellidos entraban las tres letras mencionadas. Además del primero estaban una tal Carmen de Diego, Henry

Farmeroy y J. Armitage. Un bonito lío, a fe. Y que luego resultase que no había sido ninguno de los cuatro.

Pronto llegué al 134 de la calle Barrow. Como lo había supuesto, se trataba de una tienda de accesorios eléctricos. No parecía muy floreciente a juzgar por su aspecto exterior, pero ya es sabido que, a veces, en cuchitriles semejantes, se esconden artesanos habilísimos.

Penetré en el establecimiento. Estaba desierto en aquellos momentos. Aguardé un poco y luego, al ver que no salía nadie, toqué discretamente con los nudillos en el mostrador.

Oí el gruñir de unas chamelas detrás de la puerta que había al otro lado del mostrador. Después, una mujer apareció ante mí, procurando componer una sonrisa de disculpa.

—Dispénseme, señor —dijo—; estaba muy ocupada allá dentro y no le oí entrar. ¿Qué es lo que desea?

—Me gustaría hablar con el señor P. Scarmer —manifesté.

La sonrisa se apagó de inmediato en el rostro de mi interlocutora, trocándose por una expresión recelosa.

—Yo soy Paula Scarmer —dijo, dejándome de una pieza—. ¿Qué es lo que quiere de mí?

La miré unos instantes antes de hablar. Era tan alta como yo y fornida y robusta como un cargador de muelle, a pesar de lo cual no resultaba mal del todo, quizá porque sus pomposas curvas estaban bien distribuidas en su gran cuerpo. Sus ojos eran duros y fríos y de haber tenido otra forma de mirar, quizá hubiera resultado hasta guapa. De todas formas, los treinta y siete años o los treinta y ocho ya no había quien se los quitara, aunque el pelo escandalosamente teñido de rubio la hacía parecer algo más joven.

—Tengo entendido —dije— que Barry Spirow tuvo relaciones —comerciales, por supuesto— con usted en tiempos pasados. ¿Recuerda el nombre?

—Sí —dijo secamente—. ¿Qué más?

—Era un gran inventor.

—Según se mire —declaró Paula Scarmer desdeñosamente—. Yo no diría tanto, pero estamos en un país donde es preciso respetar la libertad de opinión. Siga usted, señor…

—Oh, perdóneme, no me presenté. Me llamo Earl Spencer y estoy investigando determinados detalles relacionados con la muerte de Spirow por encargo de la señorita Kerrigan, que fue su

prometida.

El rostro de la Scarmer adquirió una expresión totalmente impenetrable.

—Un detective privado —dijo, haciendo una mueca de desdén que fingí ignorar.

—En efecto, señora Scarmer. Lo que quería decirle es…

—Señorita Scarmer —me atajó ella.

—A su gusto —mascullé. Viendo su manera de actuar, se comprendía que se hubiese quedado soltera. ¿Quién era el guapo que cargaba con aquel marimacho?

—Bien, a lo que íbamos. Usted suministraba a veces, piezas de equipo eléctrico para los experimentos que hacía el señor Spirow.

—No sólo se las suministraba, sino que, en ocasiones, las construía yo misma. Tenga en cuenta que poseo el título de ingeniero electrónico y que de estas materias sé más que muchos hombres. ¿Era esto todo lo que tenía que preguntarme, señor Tender?

—Spencer —dije pacientemente—. Bueno, sigamos. Tengo entendido que Spirow hablaba en los últimos tiempos de un invento suyo genial, de algo que iba a revolucionar la faz del mundo. ¿Le oyó hablar en ese sentido? Y si le oyó hablar, ¿puede añadir algún detalle que me ayude en mis investigaciones?

La repuesta fue contundente, enfática, definitiva.

—No.

Miré de frente a la Scarmer y luego observé sus manos. Eran grandes, enormes, con dedos poderosos, capaces de partir en dos una herradura. A pesar de ello se veían delicadas al mismo tiempo, y de la misma, forma que hubiesen doblado esa herradura, habrían podido reparar un reloj de pulsera sin dificultad alguna.

—¿Está segura? —pregunté con desfachatez.

—Ya lo he dicho. No. ¿Tiene algo más que preguntarme? Dispénseme, pero estoy con un trabajo urgente y…

—Una última pregunta, solamente, señorita Scarmer. ¿Tiene usted alguna idea de quién pudo matarle?

—En absoluto. Ni me interesa. Era un cliente demasiado exigente. Daba mucho trabajo para lo que pagaba. No pagaba mal, por supuesto, pero antes de terminar una pieza a su gusto había que padecer mucho. Alguna tuve que construirla hasta cuatro y cinco

veces. No, como cliente era pésimo, y aunque no me alegré de su muerte, al menos no me disgustó que de este modo cesaran sus enojosos encargos.

—Está bien —suspiré, resignado—. Gracias por todo, señorita Scarmer.

—De nada —contestó secamente, sin moverse de donde estaba.

Salí a la calle. Al cerrar la puerta, miré a través del cristal de la misma. El rostro de Paula Scarmer había adquirido una expresión de furia diabólica, deformándose como una máscara de horror imposible de superar. Quiso componer el gesto al darse cuenta del mío, pero ya era tarde.

Entonces, respirando aliviado, giré sobre mis talones y me encaminé en busca del segundo nombre de la serie.

Carmen de Diego tenía una sorpresa muy grande que darme.

CAPÍTULO VII

Conocidas las aficiones de Barry Spirow, Carmen de Diego era la persona con la que menos hubiera uno podido sospechar que tenía relaciones. Era menuda, pizpireta, magníficamente formada, de cabellos endrinos, ojos negros y tan movedizos como cuarenta y dos kilos de mercurio, que ése debía ser su peso, más o menos. Vivía en una casa de apartamientos de la calle Dunstable, y en mis investigaciones nunca hubiera soñado con encontrarme nada menos que todo un cuarto tapizado con fotografías de la De Diego en todas las posturas y con todos los ropajes posibles, incluido el de nuestra primera madre Eva.

Me quedé estupefacto al verla. Carmen salió a abrirme, vistiendo una bata que ocultaba mal sus pródigos encantos. Dejó ver unos dientes blanquísimos y parejos al otro lado de unos labios rojos, carnosos y sensuales y murmuró con acento incitante:

—¿Sí…?

—Me llamo Spencer, Earl Spencer, y estoy haciendo unas investigaciones… para una Compañía de seguros. ¿Puedo pasar un momento, señorita De Diego?

—No faltaría más, señor Spencer —dijo, y me introdujo en el cuarto de las fotografías. Luego se quedó en el centro, con una pierna adelantada fuera del peinador rojo que vestía, encima de unos zapatos de enorme tacón y suela triple, como esperando el chispazo del *flash* fotográfico.

—Bien, muchas gracias, señorita De Diego. Verá, mis investigaciones giran en torno a la muerte del señor Spirow…

La expresión de Carmen varió súbitamente. Sus ojos arrojaron llamas, en tanto que de su boca salía un torrente de imprecaciones en un espantoso chapurreado de inglés y español.

Su furia verbal decreció al cabo de unos momentos. Entonces, sin abandonar del todo su cólera, se me acercó, mirándome airada. El pecho le temblaba por la excitación que la había acometido.

—Ese maldito canalla, hijo de una vaca sarnosa y de un toro comido por los piojos, así Satanás le queme la lengua en el infierno. Me prometió dejarme todos sus bienes en el testamento y ¿qué es lo que me ha dejado? —Tendió la mano en torno suyo con gesto rápido, señalando la pobre habitación, arreglada con más pretensiones que gusto, y al hacerlo se le abrió por completo el peinador, cosa que la dejó indiferente—. Esto, señor Spencer, mírelo bien. Con el dinero que ganó aquel bastardo y el que me había prometido que me daría…, ¿y qué tengo yo? *¡Madrecita mía!* Si volviese a cogerlo por mi cuenta, la de cosas que le diría yo a ese granuja, que se aprovechó de mi inocencia para burlarse de mí. Canalla, malos gusanos le coman los ojos en su tumba…

—Basta, por favor, señorita —dije, empezando a cansarme de aquella frenética verborrea—. Siento mucho lo que la ha ocurrido, pero como puede comprender, yo no he tenido la culpa. Así que el señor Spirow dijo que la iba a nombrar su heredera.

—¡Eso mismo, malvado traidor! Y yo, pobrecita ingenua, le creí todo lo que decía y…

—Me lo supongo —dije—. Muchos hombres hacen lo mismo con las mujeres. Y se comprende que el señor Spirow mintiese tanto por conquistarla a usted.

Su expresión de ira desapareció de repente. Ahuecóse el cabello con coquetería, procurando hacer resaltar las mórbidas formas de su pecho pequeño pero bien formado.

—¿Usted cree, señor Spencer? —dijo melosamente.

—Delo por seguro. Cualquier hombre con dos dedos de frente daría el mundo entero para ponerlo a sus pies, señorita De Diego. Yo mismo… —Ella se me acercó ondulando sinuosamente, con los labios entreabiertos, lo cual me hizo rectificar con toda rapidez sobre la marcha, largándola una mentira descomunal—. Yo mismo lo haría, si no fuera porque estoy casado y —bajé la voz—, en confianza, tengo mucho miedo a mi mujer, ¿sabe?

Carmen hizo un gesto de desencanto. Luego encogió los hombros y se ajustó el peinador.

—Qué lástima —dijo, mirándome de lado—. Lástima de un buen

mozo, tan malgastado como usted.

—Eso digo yo —suspiré—, pero ya no hay remedio. Bueno, volviendo a lo de antes. El señor Spirow prometió nombrarla a usted heredera universal. ¿Por qué?

—Iba a ser su esposa, ¿no lo comprende?

Abrí unos ojos como platos. Mi sorpresa fue genuina. Aquella noticia fue como un escopetazo para mí.

—¡Diablos! —mascullé.

—Es cierto. Me hizo abandonar la tienda de accesorios eléctricos donde yo trabajaba pocas semanas antes de la boda. Entonces me vine a vivir aquí, pero cuando murió, tuve que buscarme una colocación. He enviado mis fotografías a las principales productoras de Hollywood y mientras tanto, tengo que vender cigarrillos y flores en el «Atlantic». La dueña de la tienda donde trabajaba no hubiera querido readmitirme, ni tampoco yo se lo hubiese pedido.

De nuevo me sentí enormemente sorprendido. Solamente por corroborar lo que acababa de adivinar, pregunté:

—¿Dónde trabajaba usted, señorita De Diego?

—En la calle Barrow, 134, en la tienda de Paula Scarmer. Yo era casi siempre la que le servía los pedidos a Barry. Me amaba apasionadamente, puedo asegurárselo. Y eso no le gustaba nada a la dueña de la tienda. Me miraba con muy malos ojos y si no me despidió era por no perder al mejor de sus clientes. Lo ancha que se quedó cuando murió el pobre Barry.

—¿De veras?

Carmen sacudió los dedos, haciéndolos chasquear.

—Ya lo creo. Ganaba mucho dinero con Barry, pero no dejó de alegrarse de su muerte.

—¿Por qué?

—Esa Scarmer no es trigo limpio, señor Spencer. Ella sabrá sus trapicheos, pero a mí nunca me gustaron. Creo que encubre algo raro en su tienda. No sé qué es, ni nunca quise meterme en líos. Ni ahora tampoco, por supuesto. Allá se las apañe. Con mi empleo tengo bastante, ¿no cree? —Y de nuevo volvió a colocarse en una postura sumamente provocativa.

—Sí, claro que sí, señorita De Diego —dije, tratando de recordar que era *casado*—. Una última pregunta, por favor. ¿Oyó usted al señor Spirow hablar de un invento sensacional, de algo que iba a

revolucionar el mundo?

—En absoluto. ¿Cree que estando yo a su lado, tenía ganas de hablar de sus inventos?

—No, por supuesto que no —contesté, huyendo de allí con toda la rapidez que me fue posible.

Mientras descendía las escaleras, pensé en la conversación sostenida con la virulenta Carmen de Diego y en las inesperadas revelaciones que ésta me había hecho. ¿Qué clase de pájaro era el tal Barry Spirow que había sido capaz de hacer promesas de matrimonio a dos mujeres a la vez? Siempre creí que los científicos apenas teman tiempo de pensar en las mujeres, pero a Barry le había sobrado para dos… al menos.

Jovita se llevaría un disgusto tremendo cuando lo supiera. Pero no tenía otro remedio que decírselo, consideraba que era mi obligación. A fin de cuentas, ella era la que me pagaba las investigaciones que estaba haciendo y debía estar enterada de los menores resultados de la misma.

Pensé en la Scarmer y en la mejicana, trabajando juntas en la misma tienda. La Scarmer, dura e implacable, con una voluntad de hierro, y Carmen, voluble y pizpireta, pero también con un espíritu poco propenso a doblegarse ante una voluntad ajena, como no fuera la del hombre al que amaba. Comprendía que no hubiese querido volver a la tienda.

Luego sonreí. ¡Su inocencia! ¡Qué cara más dura!

Compadecí al pobre Spirow, enredado en las sutiles e irrompibles mallas de aquella diminuta vampiresa, hecha de fuego y pasión. ¡Su inocencia! Y el recordar las protestas de Carmen me produjo tal acceso de hilaridad, que la gente empezó a mirarme con aprensión.

Recobré la compostura y me encaminé en busca del tercer sospechoso.

Henry Farmeroy era un hombre de barriga prominente, cuya cabeza parecía estar unida directamente al cuello por una serie de blandos pliegues de grasa de su papada. Su voz era dulce, suave y sus manos parecían carecer de consistencia alguna.

—En realidad, yo puedo decirle muy poco acerca del señor Spirow —contestó a mis preguntas—. Yo soy representante aquí de la «Frickers Electric» y me limitaba a pasar sus pedidos, casi

siempre consistentes en lámparas de alto vacío. Se los servía y eso era todo. La mayoría de los pedidos me los hacía su secretaria por teléfono.

—¿La señorita Kerrigan? —dije casi mecánicamente.

—¡Oh, no! —Farmeroy puso unos ojos como platos—. Ella daba siempre el nombre de Scarmer.

Respingué en el asiento. Aquello se complicaba de una manera endemoniada.

—¿Está seguro?

Su voz inconsistente se afirmó al darme una respuesta tajante.

—En los últimos tiempos y para evitar complicaciones, había resuelto tomar nota de sus pedidos, grabándolos en cinta. En una o dos ocasiones tuvimos algún pequeño lío por culpa de mi dactilógrafa que había entendido mal los encargos y desde entonces habíamos adoptado este sistema para evitar complicaciones. No puede haber, pues, equivocación en el nombre de la secretaria.

—Entonces, usted no hablaba con el señor Spirow.

—Hacía ya más de dos años que no lo hacía. Me puse en pie.

—Eso es todo, señor Farmeroy, muchas gracias. —Ni siquiera le quise preguntar por el famoso invento; era seguro que no lo había oído mencionar.

Cuando terminé mi primera serie de visitas, era ya la hora del *lunch*. Lo tomé en la barra de un bar, sumamente preocupado, sin dejar de meditar en todo cuanto había averiguado, que daba la sensación de estar volviendo el asunto completamente del revés.

¿Qué diabólico lío se había formado allí?

Estaba a punto de terminar de comer cuando sentí que una mano se apoyaba en mi hombro, al mismo tiempo que una voz decía:

—¿No me invita a una taza de café? Giré a medias en el taburete. Dije:

—Hola, sargento.

Martin Klanner era el novio prometido de María Duplessis, mi secretaria. Una de sus costumbres era tener siempre en la boca un palillo de dientes que masticaba concienzudamente, y que relevaba cuando estaba demasiado gastado con otro que extraía del bolsillo de su chaqueta. Era de mediana estatura, ancho de hombros, fuerte como un toro y de rostro feo pero agradable, lo cual hacía

comprensible el hecho de que María estuviese chiflada por él.

Se sentó en el taburete y sin esperar a más, pidió un café que le fue servido en el acto. Removió el azúcar y tomó la mitad de la taza, bebiendo de lado para no quitarse el palillo de la boca. Se lo dije y él se encogió de hombros.

—Le he dado a elegir a María entre el limpiadientes o el pitillo. Prefiere el primero.

—Es más barato, claro —comenté mordazmente.

—Sobre todo, considerando su puntualidad en pagarle los sueldos —dijo sin amilanarse. Terminó la taza de café y se enfrentó conmigo—. ¿Sabe que el Ayuntamiento le va a pasar una linda factura por estacionamiento de su coche en el parque municipal?

—¿Sí? —dije con indiferencia.

—Lo encontraron allí hace tres noches —siguió el sargento con tono intrascendente—. Usted sabe dónde quiero decirle; frente a la casa donde se quemó aquel tipo.

—Ah, ya, ahora recuerdo. Me había olvidado de él. Tengo tantos coches.

—Es comprensible —manifestó Klanner con el mismo tono—. Bueno, cualquier día de éstos le pasarán una nota escrita con el importe de los días de *parking*. Si no paga, al cabo de un tiempo, ya lo sabe, le venden el coche.

—Usaré el «Mercedes», gracias.

Klanner escupió el palillo y se puso otro en el acto. Luego se bajó del taburete.

—A propósito, tengo entendido que esa casa perteneció en tiempos a un tal Spirow.

—Eso creo yo, sargento.

—Murió de mala manera. Atropellado por un tren de tal forma que hubo que recogerle con aspiradora.

—Creía que se trataba de un asesinato —objeté, muy sorprendido.

—Sí, eso dijo su prometida. Pero las investigaciones demostraron *concluyentemente* —y el sargento subrayó la palabra, mirándome con fijeza—, que había sido un accidente.

—La vía del ferrocarril es un sitio un tanto apartado de la ruta habitual que solía seguir Spirow ¿no cree, sargento?

Klanner se encogió de hombros con indiferencia.

—¿Quién sabe? Esos científicos son tan distraídos que a veces empiezan a caminar y llegarían al Japón a pie si pudieran respirar tanto tiempo bajo el agua. Bueno, amigo Spencer, hasta la vista. Celebro haberle saludado.

—Lo mismo digo —contesté, prendiendo fuego a un cigarrillo. Pero per lo visto, el sargento no había acabado aún.

—Spencer.

—Sí, Klanner.

—¿De qué murió el que encontraron carbonizado?

Era inútil tratar de ocultar nada a aquel hombre de mirada de águila. Klanner sabía que yo había estado allí antes de que se produjera el incendio, pero, por lo que fuera, quizá por simpatía o por inducción de mi secretaria, no quería implicarme en el caso.

—Puñalada —dije—. Navaja de resorte.

—Ah —murmuró. Permaneció un instante pensativo y luego sonrió—: Hasta la vista, Spencer.

—Adiós, sargento.

De allí me fui a ver al señor J. Armitage y cuando me enteré de que la inicial correspondía al nombre de Joan, una mujer por tanto, mi sorpresa en esta ocasión, fue mucho menor. Ya había podido darme cuenta del carácter voluble e inconsecuente del muerto, de modo que comprendí perfectamente que también bajase el ala para dar vueltas en torno a aquella rubia opulenta de ojos azules y labios incitantes que apareció ante mí vista al abrir la puerta de su casa.

CAPÍTULO VIII

—Deseo hablar con usted respecto al señor Spirow —manifesté.

—Pase —dijo ella, sin mostrar la menor curiosidad respecto al asunto.

Me precedió, moviendo aparatosamente las caderas. Luego se volvió a medias para enseñarme el perfil de su busto protuberante y me indicó un diván. Ella se sentó indolentemente frente a mí, sonriendo de un modo perturbador.

—¿Y bien, señor Spencer?

—Estoy investigando ciertos detalles relacionados con la muerte de Barry Spirow. Sé que usted tenía relaciones con él, aunque ignoro de qué clase, señorita Armitage.

Tenía unos treinta años y a pesar de sus carnes opulentas, que le estallaban dentro de la faja, se la veía, dura y coriácea.

—Tengo un estudio de reproducción de planos al ferroprusiato —dijo—. Puede que le parezca raro, pero soy delineante diplomado, señor Spencer. Yo solía reproducirle la mayoría de los planos al señor Spirow. Estaba muy contento conmigo. Y no era el único, créame.

Miré descaradamente sus rodillas. Ella fingió no darse cuenta de mis miradas.

—Se comprende —dije—. ¿Qué sabe usted —pregunté, lanzándome de pronto—, de un invento suyo que iba a revolucionar al mundo?

—Nada. Es la primera noticia que tengo.

—¿Cuánto tiempo hacia que no le había reproducido usted uno de sus planos?

—Más o menos dos meses antes de su muerte.

—Usted hacía esas reproducciones con destino a la Oficina

Nacional de Patentes, ¿no es así?

—Cierto.

—Por lo tanto, tenía que estar enterada de lo que significaban los planos que le enviaban para copiar.

—En la mayoría de los casos, así era. Otros, los menos, eran tan complicados, que no creo hubiese nadie que los entendiera como no fuera el propio Barry.

Capté esta palabra. ¡El propio Barry! ¿Por qué no había dicho «el propio señor Spirow», como antes?

Finté de modo inesperado.

—Usted le quería mucho, ¿verdad?

El rotundo seno de la Armitage palpitó con violencia. Pero ella era mujer de muchos recursos y salvo la agitación de su pecho, no dejó traslucir el menor sentimiento.

—Era un buen hombre —dijo sin inmutarse.

—Para usted, ¿nada más?

—Un espléndido cliente solamente, señor Spencer.

—Lástima —dije, poniéndome en pie—. En lugar de Spirow… yo hubiera tratado de ser algo más para usted.

Tenía una especie de medallón y se lo colocó entre los dientes, jugueteando con él unos momentos, con una semisonrisa terriblemente provocativa.

—¿Cree que es tan difícil conseguirlo? —dijo. Su mirada era osada y su sonrisa encendía la sangre.

—Iré pensándomelo mientras tanto —dije, y me encaminé hacia la puerta, con gran decepción de la Armitage. Al llegar a la salida me volví inesperadamente, de tal forma que estuvimos a punto de chocar de frente—. ¿Dónde tiene usted su estudio?

—Aquí, en esta misma casa. ¿Quiere verlo?

La última frase era una invitación descarada. Hube de pensar en Jovita con todas mis fuerzas para resistir la atractiva mirada de aquellos perversos ojos.

—Me basta con su palabra, señorita Armitage —murmuré, tratando en vano de hacer pasar un poco de saliva por mí reseca garganta.

Me limpié el sudor de la frente una vez hube salido de aquella casa. ¡Caramba con el volcánico Spirow! En tratándose de mujeres, no reparaba en nada. Y todavía le sobraba tiempo para inventar.

¡Qué tío!

Al dejar a Joan Armitage, consulté la hora. Hasta las ocho y media no tenía que acudir a casa de Jovita. ¿Qué hacer mientras tanto?

Busqué el refugio de un bar y me senté en una mesa. Hice que me trajeran papel y empecé a escribir, procurando poner por orden los sucesos ocurridos, así como las personas a quienes había conocido. A la derecha de éstas anoté la impresión que me habían causado, así como las sospechas que me infundían.

Empecé a pensar si la muerte de Spirow no se había debido a celos en lugar de tener como origen unos planos cuya existencia consideraba más o menos hipotética. Que yo supiera, nada menos que cuatro mujeres habían intervenido en los últimos tiempos de la vida del muerto: Jovita, la hombruna Paula, Carmen la temperamental y la volcánica Joan.

¿No podía ser que alguna de ellas, despechada por celos de las otras, lo hubiera despachado, colocándolo luego en la vía del ferrocarril para simular un accidente?

Cerré los ojos un momento.

No lejos de la ciudad, la carretera se desarrollaba paralelamente a la línea ferroviaria en una extensión de más de dos kilómetros. La distancia entre ambas vías de comunicación, en algunos puntos, era menor de veinte metros. Cualquiera de las cuatro mujeres podía haberlo asesinado, transportado luego el cadáver en coche hasta el lugar elegido y luego arrastrarlo hasta la vía, dejándolo atravesado sobre los rieles. Ni siquiera había sido preciso trasladarlo del domicilio de la asesina al automóvil. Con el tiempo tan espléndido que había, una cita a bordo del coche, ¡era tan fácil de concertar! Tanto como una puñalada aprovechando el momento de un abrazo dado a veinte metros del ferrocarril.

Abrí los ojos, irguiéndome de modo casi convulsivo.

¡Una puñalada! ¿Y por qué no? El tipo muerto en el laboratorio había sido asesinado de aquella manera. Igual pudo morir Spirow. La navaja utilizada debía hundirse en la carne como si hubiese sido mantequilla. Y luego…

Aboné el importe del café que había tomado, y me encaminé a la cabina telefónica. Llamé al sargento Klanner y le encomendé averiguase cuál de las cuatro mujeres tenía coche y si alguna de

ellas había enviado a lavar la tapicería algunos días después de la muerte de Spirow.

—¿Para qué quiere saber eso, Spencer? —Gruñó el sargento.

—Hágamelo y doblaré el sueldo a María.

—Oiga, sobornos de esa clase, yo no…

Pero le colgué sin atender a más razones, seguro de que, sucediera lo que sucediera, Klanner no dejaría de ejecutar las pesquisas encomendadas.

Cuando terminé era ya casi la hora de la cita. Tomé un taxi y me dirigí a casa de Jovita, tan nervioso como un muchacho de dieciocho años que ha obtenido una cita amorosa por primera vez.

Jovita no estaba en casa, aunque la puerta se abrió por sí sola al acercarme a ella. Supuse, una vez dentro, que había dejado en funcionamiento el mecanismo de apertura para no hacerme esperar afuera, con que me quedé por allí contemplando la original disposición de aquella casa, cada una de cuyas habitaciones encerraba una sorpresa distinta.

En realidad, el examen fue más bien una discreta investigación. Pero no pude encontrar nada de particular en la casa, de modo que hube de regresar, un poco decepcionado, a la estancia en donde Jovita me había recibido por primera vez.

Busqué el cuadro de mandos. Examiné los botones uno por uno, hasta hallar el que ponía en funcionamiento la televisión. Recordando la forma de actuar de la muchacha, lo apreté y al instante las luces se extinguieron parcialmente, al mismo tiempo que frente a mí se encendía el rectángulo de una pantalla televisora.

El aparato tenía mando a distancia, que se guardaba en el hueco en que estaba el televisor. Desenrollé el cable y lo alargué lo suficiente para poder entretenerme, cómodamente tumbado en el suelo.

Cuando se hubo calentado el aparato, sólo pude percibir en él una serie de rayas y manchas que no significaban nada. Esto me extrañó, pues el sonido se escuchaba perfectamente. Cambié de canal, buscando otra estación, pero el defecto en la pantalla persistió. Después de dos o tres intentonas más, hube de desistir de mis propósitos, de modo que volví el telecomando a su sitio y manejé el mando de cierre del panel, con lo que el muro volvió a quedar como estaba.

Un poco defraudado, me puse en pie y encendí un cigarrillo. Empecé a pasearme por la estancia, hasta que, en uno de mis paseos, un trozo de pared se descorrió silenciosamente a un lado, dejándome ver la parte trasera del edificio.

Había una especie de plataforma encementada de unos doce metros de anchura por veinte de largo, bordeada por una barandilla de hierro forjado. En el centro advertí un espacio de menores dimensiones, de forma irregularmente redondeada, situado a un nivel ligeramente inferior al resto, aunque de momento no se me alcanzaron los motivos de tal diferencia de nivel.

Al salir yo, las luces se apagaron. Moví la cabeza. Aquella casa estaba embrujada. Seguramente las comidas debían ser también automáticas: una cuchara saldría del muro y uno no tendría que poner más que la boca para tomar la sopa.

Concluí el cigarrillo y lo arrojé al suelo, pisoteándolo acto seguido. En aquel momento oí un leve ruidito a mis espaldas.

Me volví rápidamente y sólo fue gracias a mi intuición que pude salvar la vida.

Un individuo se arrojó sobre mí, y con la mano derecha blandía algo que centelleaba siniestramente a la luz de las estrellas.

Capítulo IX

Levanté el brazo izquierdo para detener el golpe, cosa que sólo pude conseguir a medias. La tela de mi traje se desgarró, lo mismo que la carne que había debajo. Sentí un dolor frío en el brazo y casi al instante percibí el calorcillo de la sangre al fluirme de la herida. El miembro se me durmió de inmediato.

Pero si el tipo no había conseguido su objetivo, que era apuñalarme al primer intento, yo tampoco había logrado el mío, esto es, desarmarle. El brazo afectado me pendió inmóvil, en tanto que sentía escurrirme la sangre hasta los, dedos.

El asesino saltó de nuevo sobre mí. La obscuridad era absoluta y por ello lo único que podía distinguir de él era el siniestro resplandor de sus ojos. Me largó otra puñalada que sólo pudo rasgarme el lado izquierdo de la chaqueta, con un terrorífico susurro de la tela al ser cortada.

Me estremecí. Unos centímetros más y la hoja del cuchillo se me habría clavado en la carne, muy cerca del corazón. Sin embargo, y a pesar de la inutilidad de mi brazo, hube de procurar defenderme de la mejor manera posible.

Cuando el puñal bajó por tercera vez, salté hacia mi izquierda. Esto hizo que el brazo del asesino quedase por mi costado derecho. Entonces bajé la mano y le golpeé el miembro con todas mis fuerzas.

El cuchillo cayó al suelo con sonoro repiqueteo. El asesino no gritó, se limitó a lanzar un apagado gruñido, al mismo tiempo que se arrojaba de nuevo contra mí, con la cabeza agachada.

El aire expulsado de mis pulmones silbó violentamente. Caí de espaldas, con los pies por alto, sintiendo que la cabeza parecía escapárseme de mis hombros.

Escuché una blasfemia. Luego vi que el asesino se agachaba para recoger nuevamente el cuchillo.

Quise levantarme, pero el fenomenal golpetazo había disminuido notablemente mis fuerzas. Casi impotente hube de presenciar la acción del asesino, que cargó sobre mí, dispuesto a liquidarme esta vez.

En el último instante, pude encoger los pies y luego dispararlos a la vez con todas mis fuerzas. Alcancé a mi contrincante en el vientre y el doble patadón le hizo lanzar un aullido de angustia. Abrió los brazos y rodó por el suelo. El cuchillo se le escapó de nuevo. Algo chocó metálicamente contra el cemento, pero entonces no hice el menor caso del ruido, que, por otra parte, no había sido muy pronunciado. Lo único que me interesaba en aquellos momentos era salvar mi propia vida, que se hallaba en grave peligro.

El asesino se abalanzó sobre el cuchillo. Pude llegar a tiempo y le apliqué el pie contra su costado izquierdo. El tipo aulló al tiempo que rodaba aparatosamente.

Pero estaba entero y yo tenía un remo inutilizado. Volvió a levantarse y de nuevo se me arrojó encima, utilizando ambos puños para golpearme con todas sus fuerzas. En circunstancias ordinarias, seguramente habría ganado yo, pero ahora no podía levantar el brazo izquierdo para parar sus golpes. Uno de ellos me alcanzó en la mandíbula y me derribó nuevamente por tierra.

Sacudí la cabeza. Era preciso defenderse como fuera; estaba visto que el tipo quería liquidarme a todo precio. Ya tenía otra vez el cuchillo en las manos.

En aquel momento se encendió una luz en la casa. El resplandor no era demasiado fuerte y, por otra parte, el asesino, estaba vuelto de espaldas al edificio. Pero se dio cuenta de que alguien había venido por su sombra que se proyectó súbitamente contra el pavimento.

Entonces se ocultó el rostro con el brazo izquierdo. Sus ojos me miraron malignamente durante unos segundos y luego, actuando de modo imprevisto, me arrojó el cuchillo. Pude esquivar el golpe y el arma retintinó metálicamente contra el pavimento de concreto.

Acto seguido dio media vuelta y huyó precipitadamente, perdiéndose en las tinieblas antes de que pudiera iniciar la menor acción persecutoria.

Por otra parte, tampoco tenía muchas ganas de seguir a nadie. En el momento actual, lo que más me interesaba era ver la extensión de la herida de mi brazo y curarla lo antes posible. Con que me puse en pie y caminé hacia la casa.

—¡Jovita! —llamé, apoyándome en la jamba de la puerta, pues me sentía débil y mareado.

Ella vino casi al instante. Me miró con ojos de pasmo y luego, al advertir la sangre que goteaba al suelo desde mi mano inerte, lanzó un agudo grito.

—¡Earl! ¿Qué te ha sucedido?

—Ahora te contaré —dije—. Vamos al baño.

Ella corrió hacia mí. Estaba maravillosa con un traje largo, hasta el suelo, de tejido de oro, que realzaba su figura de modo impresionante. Los hombros, redondos y mórbidos, le emergían del vestido, contrastando agradablemente contra el dorado de la tela que cubría su busto perfecto y adorable.

Me pregunté de dónde diablos salía, ataviada de aquella manera, pero el brazo empezaba a molestarme. Ella se inclinó ligeramente y me tomó el brazo derecho, pasándolo por encima de sus hombros.

Así me condujo al cuarto de baño, en donde me despojó de la chaqueta y rasgó la manga de la camisa con unas tijeras, poniendo la herida al descubierto. No era grave ni muy profunda, aunque sí aparatosa por la gran cantidad de sangre que salía.

Me curó rápida y eficientemente y en pocos minutos mi brazo quedó vendado, aunque ello le costó ponerse el vestido perdido de sangre. Se lo dije y ella se encogió de hombros.

—No tiene importancia. En realidad, no me ha costado nada. La miré inquisitivamente.

—Estuve haciendo unas fotos publicitarias. Querido —añadió—, he de ganarme la vida. La realidad es muy dura.

Me sentí vacilar. Ella me sujetó para que no cayera.

—Ven —dijo, y me llevó hasta el cuarto en que ya durmiera días antes. La cama descendió del techo y me tendí en ella. Sonrió:

—Es una cuestión sicológica. Barry lo hizo por si un día un huésped no quería dormir en el suelo. Yo me he acostumbrado a dormir de esa manera y, créeme, me costaría mucho volver a hacerlo en un lecho normal. Aguarda un momento, por favor.

Vino con una copa llena de licor, que apuré de un trago. El

alcohol me infundió nuevos bríos.

—Y ahora, ¿querrás contarme lo que te ha sucedido, Earl? —dijo, arrodillada a mi lado. Se lo relaté todo punto por punto, añadiendo que no había podido reconocer a mi agresor. Después pasé a contarle el resultado de mis investigaciones, pero antes de empezar, dije:

—¿Sabías que entre las direcciones que me diste, había, por lo menos, tres de mujeres? Digo por lo menos tres, porque aún me faltan unas cuantas visitas.

Ella movió los párpados afirmativamente, al mismo tiempo que se mordía los labios.

—¿Por qué lo hiciste? —pregunté.

Se puso en pie y empezó a pasearse por la habitación, muy nerviosa. Al cabo de unos momentos, se detuvo y me miró:

—Sabía que la Scarmer y la Armitage trabajaban para él de un modo o de otro. Pero no sabía, en cambio, qué relación podía tener con Carmen de Diego.

—¿Por qué me enviaste a su casa? —pregunté.

—Ya te lo he dicho; quiero saber por qué Barry tenía el nombre de la hispana anotado en su agenda de compromisos.

—Trae más *whisky* —pedí, y ella accedió. Cuando vino con la botella y dos vasos, dije:

—Siéntate a mi lado.

Jovita obedeció llena de curiosidad. Entonces, dije:

—Tienes que prepararte para recibir un golpe nada agradable, querida. Mucho me temo que Barry fuese un don Juan y un Casanova, todo en una pieza. Carmen de Diego juró y perjuró que Barry le había prometido casarse con él. En cuanto a la Armitage, su modo de hablar de él me indicó con toda claridad, mejor que con frases bien pronunciadas, que entre los dos había algo más profundo que una simple relación comercial.

Ella no pestañeó. Siguió mirándome fijamente.

—¿Y Paula Scarmer?

—Es la más *dura* de las tres, pero no puedo decir nada, porque entonces no había empezado a sospechar las aficiones donjuanescas de Barry. Quizá, de haberlo sabido, la hubiese atacado de otro modo, pero aún no es tarde para ello. —Bebí largamente, lo estaba necesitando y luego continué—: Tengo la convicción de que Barry

era tipo que gustaba de toda clase de mujeres y por lo tanto, no es de extrañar que la Scarmer hubiese sucumbido también a sus atractivos varoniles. Esta clase de hombres suelen ser así, atraen a las mujeres magnetizándolas aun sin poner ellos nada de su parte, aunque la Scarmer fuese dura con los demás, como lo es, es posible que en manos de Barry hubiese sido poco menos que un guiñapo.

Vi que una lágrima brotaba de los ojos de la muchacha. Me senté en el suelo junto a ella y la atraje hacia mí.

—Si algo Sentiste en cierta ocasión por Barry, olvídalo —dije, acariciándola suavemente—. Aunque su muerte es siempre de lamentar, como la de todo ser humano, no debes, en cambio, sentir en modo alguno la pérdida de tus ilusiones. ¿Recuerdas lo que te dije cuando estábamos atados, a punto de morir en el laboratorio?

Levantó la vista hacia mí y sonrió de un modo maravilloso.

—¿Cómo olvidar nunca aquellas palabras, Earl? —dijo tenuemente—. Siempre, siempre las recordaré, por muchos años que transcurran. —Hizo una corta pausa—. He llorado un poco y es lógico, querido. No resultaba nada agradable para la vanidad femenina enterarse de repente que el hombre con quien una se iba a casar le engañaba con dos o tres mujeres.

La atraje hacia mí y sentí contra mi pecho el acelerado latido de su corazón. Sus ojos me miraron con una luz extraña, completamente nueva para mí, pero, al mismo tiempo, sabiendo que no miraría nunca a un hombre de aquella manera. Sólo yo gozaría en lo sucesivo de aquel beneficio.

Bajé ligeramente mi boca y nuestros labios se fundieron en un beso maravilloso.

Unos momentos después, ella se ponía en pie ágilmente. Me tendió la mano para ayudarme a hacer lo mismo. Se rió de mi aspecto al verme con la camisa a falta de una manga. Yo también reí. En aquellos instantes, los dos nos sentíamos felices y contentos como chiquillos con vacaciones recién estrenadas.

—Vamos —dijo, arrastrándome de la mano—; te invité a cenar, si mal no recuerdo. Y además de cumplir mi palabra, he de procurar que recuperes la sangre que has perdido.

Mientras cenábamos, quise poner la televisión para ver qué noticias daban del asunto del laboratorio incendiado con un hombre dentro. Pero entonces me acordé que el aparato estaba estropeado y

así se lo hice saber a la muchacha.

—Tienes razón —dijo—. Hace mucho tiempo que está averiado y se lo dije a Barry que lo arreglase. Pero siempre, por una causa u otra, dilató la reparación. Y algo de lo mismo me ha pasado a mí. Total —sonrió—, en cada habitación hay un aparato, de modo que no me he preocupado mucho de ése.

—Se comprende —dijo sonriendo—. Y también se comprende que la cena haya salido tan exquisita. Debes tener una cocina llena de cacharros todos automáticos.

—La cena no depende de los utensilios, sino de la cocinera —dijo ella mimosamente. Estábamos muy juntos y volví a besarla, sin que opusiera la menor resistencia. Cielos, ¿era posible, yo besando a la chica del calendario… y ella besándome a mí?

Al terminar me acordé de una cosa.

—Cariño, mientras aguardaba tu llegada, estuve paseándome por la terraza. He podido darme cuenta de que hay en ella un pequeño desnivel en el centro…

No me dejó terminar; se puso en pie y me tomó de la mano.

—Ven.

Caminamos hacia la terraza. A medida que cruzábamos las habitaciones, las luces se encendían y se apagaban al entrar y al salir de ellas. La puerta de la terraza también se abrió automáticamente, pero hubo de presionar un botón para que toda aquella explanada se iluminase difusamente por un conjunto de luces empotradas en el suelo y tan hábilmente disimuladas que apenas se veía de dónde procedían sus resplandores.

—¿Todo esto funciona siempre así, de modo automático? —pregunté.

—Cuando voy a dormir, bloqueo determinados mandos, de modo que las puertas queden cerradas —contestó—. También puedo bloquear el mando general de la casa, y entonces he de encender las luces una por una. Pero en circunstancias ordinarias, todo funciona como has visto. Y ahora, mira, Earl.

Apretó un botan y el pavimento de la terraza, por el sitio del nivel inferior, se dividió en dos partes, que desaparecían bajo la más alta, como si fuese una gran puerta horizontal instalada en el suelo. Al mismo tiempo, en la parte opuesta, se desplegó un extraño artefacto que pronto se convirtió en un trampolín para saltar al

agua, pues en el hueco que dejaba aquella extraña puerta había nada menos que una piscina de irnos diez metros de largo por siete u ocho de anchura. El agua se iluminó con un resplandor escarlata, merced a unos reflectores situados bajo su superficie, lo cual confería un aspecto fantasmagórico e irreal a la escena.

Lancé un silbido sin poderme contener. Realmente, aquel Spirow debía haber sido un genio de la electrónica.

De pronto reparé en algo nada agradable: el cuchillo que estaba al borde de la piscina, y algunas manchas de sangre. Jovita lo vio también al mismo tiempo que yo y se me adelantó para recogerlo.

De pronto lanzó un grito. Me alarmó y corrí hacia ella.

—¡Jovita! ¿Qué te sucede?

Ella se incorporó, convulsa y demudada, con algo que chispeaba en su mano. Me lo enseñó. El labio inferior le temblaba visiblemente.

—¡Earl! —dijo, y tan demudada estaba que por un momento temí fuera a desmayarse, por lo que hube de sujetarla por un brazo.

—¿Qué es eso? ¿Por qué te pones así? —pregunté.

—Mira, Earl, mira —dijo con voz en la que latía un tremendo acento de inseguridad y aprensión al mismo tiempo.

Contemplé el objeto que Jovita tenía en la mano y entonces recordé el breve sonido metálico que había oído durante mi pelea con el asesino. Era el dije de un llavero, en forma de haz de rayos diseñados en la forma convencional que todos estamos acostumbrados a ver. Los rayos estaban enlazados en el centro por una mano cuyos dedos los sujetaban como si fuesen un manojo de espigas. De la cadena del llavero sólo quedaban dos o tres eslabones, el último de los cuales aparecía roto.

—Earl —dijo, muy pálida—, este llavero se lo regalé yo a Barry.
Respingué.

—¿Estás segura?

—Positivamente —afirmó con voz en la que no cabía la menor duda.

—Puede haber otros iguales.

—No. En la joyería me aseguraron que era el último de una serie encargada muchos años antes. Además, es de una forma un poco rara y nada común. Y Barry lo usaba de continuo, de ello estoy absolutamente segura.

Levanté la vista hasta su rostro.

—¿Quién identificó el cadáver de Barry? —pregunté.

—Yo —contestó, al mismo tiempo que le huía el color de su cara.

—¿Estás segura de que el muerto que identificaste en la *morgue* era él? Según creo, quedó horriblemente destrozado bajo las ruedas del tren.

—Llevaba un reloj de pulsera que conocía muy bien. Era un tipo algo anticuado que yo quería haber substituido por otro más moderno, pero él se negó siempre a cambiarlo. Decía que si le funcionaba bien, no veía los motivos para substituirlo.

—¿Qué otros detalles apreciaste al cadáver?

—Parte de su ropa… los zapatos de gruesa suela. ¿Sabes? Barry no era tan alto como tú, a pesar de que no era bajo ni mucho menos, pero tenía el complejo de la pequeñez de estatura y por ello pretendía suplir lo que le faltaba —según él, claro— con zapatos de suela gruesa. La camisa que llevaba también tenía sus iniciales y… Bien, ¿qué otros detalles, aparte de su documentación, podía dar?

—Es lógico —murmuré, muy pensativo—. Aquel muerto no podía ser otro que Spirow.

Quizá haya sido un poco de suspicacia mía al pensar en una posible substitución…

—¡Earl! ¿Qué es lo que pretendes insinuar? —exclamó, muy intrigada. Di un par de palmaditas en su hombro.

—Nada, querida —dije—. ¿Vamos adentro?

Después de un rato de charla, cuyo tema versó principalmente sobre el asunto que nos interesaba, me despedí de ella hasta el día siguiente.

—Ya te llamaré —dije en la puerta de la casa. Rocé con mis labios su tersa mejilla y bajé las escaleras. Me volví para mirarla una vez más y luego emprendí el camino en busca de un taxi que me llevara hasta mi domicilio.

CAPÍTULO X

El teléfono me despertó cuando aún no habían dado las nueve. Ordinariamente me suelo levantar temprano para acudir a la oficina, pero en aquella ocasión y en honor a mi brazo herido, había decidido quedarme en cama un par de horas más.

Agarré el aparato maldiciendo entre dientes al importuno. Pero cuando reconocí la voz del sargento Klanner me despabilé de inmediato.

—¿Spencer?

—El mismo —contesté.

—Tengo una buena noticia para usted. Ya sé a quién pertenece el coche.

—¿De veras? —pregunté ansiosamente.

—Ha tenido usted buen olfato en esta ocasión, Spencer —manifestó el sargento—. Al día siguiente de morir Spirow atropellado por el tren, alguien llevó el coche a limpiar la tapicería. Había unas manchas de sangre, producidas, según manifestaciones propias, por una hemorragia nasal.

—¡Qué pretexto más estúpido! —farfullé.

—Lo mismo digo yo —concordó el sargento.

—Bueno, pero, a todo esto, no me ha dicho a quién pertenece el automóvil.

—Un momento, que miraré la nota que tengo aquí… Sí, eso es. El automóvil, un «Chevrolet» algo anticuado, puesto que es del cincuenta y siete, pertenece o está registrado a nombre de la señorita Jovita Kerrigan, residente en Ocean Hill, trescientos dos. ¿Algo más, señor investigador?

—No, gracias —dije. Y colgué el teléfono completamente estupefacto y más que estupefacto, destrozado por la noticia

recibida.

La teoría que había elaborado con la base de una mujer asesinando a Spirow por celos se había vuelto contra mí. ¿Era posible que la propia Jovita hubiese matado a Barry, al enterarse de los numerosos devaneos del inventor?

Pero entonces no se comprendía por qué me había encargado de la investigación. A menos que… desease conocer el paradero de los célebres pianos, pero aun así, tampoco se comprendía. Lo único positivo de aquello era que el coche que había transportado a Spirow hasta la vía del ferrocarril, vivo o muerto, había sido el de Jovita.

Estuve meditando en ello durante un buen rato. Luego, apartando las sábanas a un lado me puse en pie y me encaminé al baño.

Me vestí como pude, tras un aseo nada más que regular. A continuación me fui a ver a un médico amigo, el cual me curó la herida según las reglas del arte. Quiso curiosear acerca de su origen, pero me mostré deliberadamente inconcreto, de modo que el hombre no insistió más. Y de allí me fui a mi despacho.

María me recibió de uñas. Tenía algunos asuntos pendientes —dijo—, que requerían pronta satisfacción. Despaché los de mayor urgencia, saludando con amargo alborozo la llegada de un cheque de ciento cincuenta dólares como honorarios de una investigación. Aquel dinero me venía muy bien en unos momentos en que prácticamente tenía la bolsa exhausta.

—¿No se ha recibido contestación todavía de New Iberia? —Me acordé de pronto.

—Los parientes de Spirow no han dado señales de vida —repuso la secretaria.

—Bien —dije—. Esperaremos durante unos días. En caso negativo, volveremos a insistir. Y ahora, por favor, deme la nota amenazante.

Me la entregó, junto con el sobre. El matasellos indicaba una estafeta local de Correos, lo cual no daba luz alguna sobre su procedencia lo mismo que la nota en sí, escrita a máquina en un papel corrientísimo.

Estuve examinando la nota durante un buen rato, tratando de hallar en ella algún detalle que pudiese ayudarme en mi labor. Lo

único que saqué en limpio fue que tenía la «l» ligeramente desviada hacia la derecha. Pero ¡cualquiera se dedicaba a buscar entre los miles de máquinas de escribir que había en la ciudad!

Después me marché. Estuve sentado en un taburete, en el bar más próximo, tratando en vano de desenredar aquel formidable lío que aparecía más y más embrollado a cada segundo que transcurría. Finalmente, se me ocurrió una idea.

Pagué las consumiciones y tomé un taxi que me llevó a la calle Barrow. Hice que se detuviera un poco antes del número que buscaba y luego me apeé, recorriendo a pie el corto resto del trayecto.

Desde una prudencial distancia y parapetado tras un periódico sostenido dificultosamente con ambas manos, estuve espiando la tienda de la Scarmer. Vi entrar uno o dos clientes y cuando al fin advertí que podía estar sola, penetré en el establecimiento.

Lo hice sin el menor ruido, actuando sigilosamente. Crucé el umbral y aguardé tras el mostrador unos segundos.

La puerta que daba a la trastienda estaba cerrada. Tras una breve vacilación, pasé una pierna por encima del mostrador y salté al otro lado.

Con la mano sana hice girar el pestillo en silencio. Entonces me llegaron a los oídos los rumores de unas voces que hablaban algo que no pude entender. Quise entrar más hacia el interior, pero el diálogo se interrumpió repentinamente.

Aquello me hizo sospechar algo. Traté de erguirme, consiguiéndolo justo en el momento en que Paula Scarmer aparecía ante mí con un pequeño pero efectivo revólver en la mano.

Sus ojos llameaban de ira al reconocerme.

—¿Qué es lo que hace aquí? —barbotó, colérica—. ¿Por qué se ha metido sin permiso en una casa que no es la suya?

—Verá —dije, aparentando un tono conciliador—, llamé, pero no me oyó nadie y…

—Usted, maldito curioso —mascculló—. Lárguese, pronto. Debería llamar a la policía para que le dieran un buen escarmiento.

—Pero no lo hará —dije, pasando a la ofensiva—. Quizá no la conviniera a usted que la hicieran unas cuantas preguntas indiscretas, ¿no es así?

Una sombra de temor apareció en sus ojos. Volví a la carga antes

de que tuviera tiempo de reponerse.

—Barry Spirow murió asesinado. ¿Qué es lo que sabe usted de su muerte? ¿De quién sospecha como asesino?

—¡Lo atropelló el tren! ¡Todo el mundo lo sabe! —gritó la Scarmer, lívida.

—Pero antes alguien le apuñaló. ¿Quién fue?

—No lo sé. No sé nada más que lo que dijo la Prensa. La policía ya vino a interrogarme.

Váyase, váyase de aquí o…

Sus dedos se crisparon sobre el puño del revólver. Por un instante temí que disparase sobre mí, pero no tardé en darme cuenta de que Paula sostenía el arma más como medio coercitivo que de ataque o defensa efectivos.

—Usted estaba enamorada de él, ¿verdad? Barry Spirow era un hombre muy atractivo para las mujeres, Paula Scarmer. Y usted aún tiene mucho que ver. Spirow la engañó también, como a su antigua dependienta, Carmen de Diego. ¿Cuál de las dos lo apuñaló y luego arrojó su cadáver a la vía?

—¡No sé nada, no sé nada! —chilló—. ¡Váyase, maldito bastardo!

En aquel momento percibí ruido a espaldas de la Scarmer. Miré por encima de su hombro y ella, al advertir mi gesto, volvió la cabeza también.

Aproveché la ocasión y bajé la mano. El filo de la misma golpeó su muñeca y el revólver cayó al suelo. Entonces, cargué con el hombro derecho y la arrojé a un lado, adentrándome en el obscuro corredor que conducía a las habitaciones interiores.

Una sombra corrió delante de mí. Detrás venía la Scarmer, chillando a pleno pulmón.

Lamenté no haberme apoderado del revólver para intimidar al fugitivo.

El corredor torció de pronto en ángulo recto. Antes de llegar al mismo percibí el golpe de una puerta al cerrarse de pronto. Doblé el recodo y divisé la puerta a tres metros de distancia.

Me lancé hacia ella; y la abrí, encontrándome en un patiezuelo interior. Miré a derecha y cuando volví el rostro hacia el otro lado, algo muy duro cayó sobre mi cráneo.

Las rodillas se me aflojaron de inmediato. Hube de apoyar

ambas manos en el suelo para no caer del todo. No obstante, la vista se me nubló durante algunos segundos y en ese tiempo todo cuanto me rodeaba desapareció en torno mío.

Recobré la conciencia unos momentos después. Me incorporé, apoyándome de espaldas en la pared, pues me sentía muy flojo. Respiré profundamente hasta llegar a la normalidad. Miré en torno mío.

El patio estaba completamente desierto. Había dos o tres puertas, pero no intenté siquiera utilizar ninguna de ellas. El hombre que había estado con la Scarmer había huido ya y era imposible adivinar la dirección que había tomado.

Una voz llena de sarcasmo sonó a mis espaldas. Me volví.

—¿Dieron sus investigaciones el fruto apetecido? Miré a la Scarmer rencorosamente.

—¿Quién diablos era el tipo que estaba con usted? —pregunté. Ella se puso una mano en la cadera, desafiándome con la vista.

—Eso es cuenta mía, maldito entrometido. Estoy en mi casa y recibo en ella a quien mejor me parece, ¿se entera?

Me froté el lugar donde había recibido el golpe, que ya empezaba a hincharse.

—Es cierto. Pero ya veremos lo que dice cuando la policía venga a interrogarla. Ahora se ha reabierto la investigación —me permití aquel *bluff*, sabiendo que ella no podía estar al corriente de todo lo que sucedía—. Se sabe positivamente que Spirow no murió por accidente, sino asesinado. Usted puede negarse a contestar a mis preguntas, pero no podrá mantener la boca cerrada cuando vengan los policías y le aprieten las clavijas. El temor apareció ante sus ojos. No obstante, supo sobreponerse a tal sentimiento.

—Lárguese —dijo—. Lárguese de aquí antes de que le quiebre el otro brazo. Soy una mujer, pero tengo fuerzas suficientes para ello, ¿comprende?

—De acuerdo, de acuerdo —dije, emprendiendo el camino hacia la salida. Y cuando ya estaba en la puerta de la tienda, me volví hacia ella—. ¿Y quién le ha dicho a usted que yo tengo un brazo herido?

Paula se quedó con la boca abierta. Solté una leve carcajada y salí de allí.

Me detuve en el primer bar que encontré a mi paso, en donde

me tomé un par de *whiskies*, cosa que estaba necesitando bastante. Rehecho en buena parte por el alcohol, decidí hacer la segunda visita del día.

Carmen de Diego me recibió tan provocativamente como siempre. Su boca emitió un largo chorro de palabras que se agotaron cuando le faltó el aliento. Entonces le dije que si tenía algo de beber y ella dijo que no, pero que pediría una botella a la tienda más próxima… si yo tenía la bondad de darle su importe. Le entregué un par de billetes —había cambiado entretanto el cheque recibido— y ella se fue hacia el teléfono.

Después vino hacia mí, ondulando aparatosamente, pero con muy poca gracia. Era fácil ver que no estaba llamada por el camino del arte y que tendría que dedicarse a alguna cosa más fácil si quería vivir. ¿O… no se dedicaba ya?

Charlamos de temas indiferentes durante un buen rato, aun después de habernos traído la botella. Procuré que Carmen fuera bebiendo, en tanto que yo fingía hacerlo, con el fin de desatarle la lengua. Poco a poco, el alcohol empezó a surtir efectos Incluso nos tuteábamos ya.

—Oye —dije—, ¿sabes si Barry tuvo algún lío con la Scarmer?

—¿Con esa mula de dos patas? —rió—. Las mujeres como esa repelen a los hombres. Paula es una bestia con faldas, y a Barry le gustaba que fueran como yo, muy femeninas… Oye, encanto, ¿crees que soy femenina?

Tuve que concordar en ello.

—Claro que sí, chica; ninguna mujer tan femenina como tú. Así comprendo que Barry estuviera loco por ti.

—¿Y tú no? —dijo melosamente.

—Ya te dije que soy casado, encanto.

—¡Qué lástima! —dijo decepcionada. Luego agarró la botella y se atizó un trago descomunal. Me miró con ojos brillantes—. Eres un buen chico, Earl.

—Gracias, preciosa. Oye, dime, ¿sabes quién mató a Barry?

Eructó antes de contestarme. Volví el rostro a un lado para no sentir aquella tufarada de alcohol.

—¿Y cómo quieres que yo lo sepa? —dijo—. Eso es cuestión de la policía, ¿no?

—Pero tendrás gana de que se encuentre al asesino, ¿verdad?

—¡Claro que sí! —exclamó, repentinamente furiosa—. ¡Y ojalá lo encontrasen hoy para arrancarle los ojos con mis uñas! El maldito…

—¿No tienes idea de quién pudo matar a Barry? Encogió los hombros después de un sonoro hipido.

—¡Y yo qué sé!

—¿La Scarmer por celos? —me aventuré a sugerir.

—¿Celos, ésa? —rió desdeñosamente—. Pero si Barry no se la miraba tan siquiera.

—Precisamente por eso mismo, preciosa. Recuerda que tú estabas empleada en su tienda y que te despidió después de haber muerto Barry.

Los ojos de Carmen relumbraron repentinamente.

—Ahora que lo pienso… Paula estaba un poco extraña en los últimos tiempos. Me refiero a pocas semanas antes de la muerte de Barry. Parecía nerviosa, excitada… se enfadaba por una nadería… En una ocasión me equivoqué al tomar un pedido y casi me pega…

—Lanzó una sonora imprecación. —Si supiera que ella había ido detrás de Barry, la mataría. Te lo juro, Earl.

Volvió a beber. Yo la animé a hacerlo, aunque su charla iba adquiriendo, per momentos, una incoherencia que se hacía cada vez mayor. Empezó a hablar de lo mucho que la había querido Barry y de lo felices que podían haber sido, pero no aportó ningún dato más de interés.

De repente emitió un ronquido y dobló la cabeza sobre sí misma. La tomé en mis brazos y la pasé a la habitación inmediata, depositándola sobre su lecho. Cubrí su cuerpo con una manta y luego apagué la luz.

Mientras bajaba las escaleras, reflexioné sobre lo que Carmen me había contado, deteniéndome, especialmente, en sus últimas frases. ¿Por qué la Scarmer se había mostrado nerviosa e inquieta poco tiempo antes de la muerte de Barry? ¿Era quizá por el anuncio de éste de que iba a casarse con Jovita?

La hipótesis era razonable. Paula podía haberse enamorado muy bien de Barry, a pesar de contar algunos años más que el inventor. Ya rondaba la cuarentena, no obstante lo cual, era aún una mujer muy atractiva físicamente, de un poderoso incentivo sensual, me parecía a mí, que aún hubiera podido ser mucho mayor de no haber

mantenido constantemente aquella expresión dura y desagradable. Pero quizá en otras ocasiones se mostraba más solícita y afectiva; ¿quién sabe nunca cómo se comporta una mujer, por mucho que la conozca o crea conocerla?

De allí me dirigí a casa de Joan Armitage. Quería hablar nuevamente con ella. Más tarde, pensé, iría a ver a Henry Farmeroy. En mi opinión, el nudo de aquel fenomenal embrollo estaba entre las cuatro personas.

Llegué a mi destino media hora más tarde. Llamé a la puerta sin obtener la menor respuesta. Volví a insistir, obteniendo análogo resultado.

Empecé a pensar en la conveniencia de marcharme. Pero se me hacía raro que la Armitage no estuviese en casa en aquellos momentos. De modo que decidí entrar aunque ella no quisiera.

Empujé la puerta. Como temía, estaba cerrada con llave. Tras unos momentos de reflexión y después de cerciorarme de que estaba solo, pegué un fuerte empujón con el hombro a la puerta. La cerradura crujió.

El segundo intento fue coronado por el éxito. La puerta cedió con mucho menos ruido del que había esperado. Sin aguardar las posibles miradas de curiosos vecinos, me colé de rondón en el piso, cerrando a mis espaldas.

El vestíbulo estaba solitario, pero todo en él señalaba una completa normalidad en. La casa. No obstante, había allí un extraño silencio que no dejó de impresionarme notablemente.

Pasé a la habitación contigua. Ésta era una especie de despachito donde sin duda trabajaba la Armitage en su correspondencia comercial. Había allí una máquina de escribir portátil, con una cuartilla de papel colocada sobre el rodillo, en la que se podía leer una carta a medio redactar y cuyo contenido carecía en modo alguno de trascendencia, pues era una respuesta a una solicitud de precios para la copia de algunos planos.

En el despacho había dos puertas. Una de ellas daba a un dormitorio vacío, completamente ordenado. La otra procuraba el acceso al estudio y allí estaba Joan Armitage.

En un instante comprendí su silencio. Las personas que tienen un cuchillo clavado en la espalda no pueden contestar a las llamadas, por regla general.

CAPÍTULO XI

Me arrodillé al lado del cadáver. Toqué la mano de Joan, hallándola completamente fría. Esto quería decir que el deceso se había producido ya hacía algunas horas. La sangre, la poca que había brotado de la herida, estaba completamente seca y ya ennegrecida.

El cuerpo aparecía casi normal. Únicamente la falda había subido un poco por debajo de las rodillas. Las manos estaban extendidas, como si en el último instante hubiera querido detener una caída inevitable. Su boca estaba abierta, pero salvo esto no se advertía en ella nada anormal. Por otra parte, el estudio aparecía casi en orden; era evidente que el asesino había practicado un registro en la estancia, aunque lo había hecho muy a la ligera o luego había tratado de borrar sus huellas.

No pude encontrar allí el menor rastro delator que pudiera proporcionarme el menor indicio acerca de la identidad del criminal. Estudié todo con el mayor detenimiento posible, y luego me encaminé hacia la salida.

Al pasar por el despachito, quise registrar los cajones de la mesa. De pronto, mis ojos repararon en algo que me había pasado inadvertido hasta entonces.

Era la carta que había quedado a medio escribir. Releí nuevamente su contenido, pero era sólo por asegurarme de que era aquella máquina con la cual se había escrito la nota amenazadora que me había sido remitida por correo. La «1» torcida ligeramente no dejaba el menor resquicio a la duda.

¿Quién había sido el autor de la misiva anónima?

¿Joan? ¿O su asesino? Y, en todo caso, ¿por qué la habían matado?

No supe dar respuesta alguna, por más que lo intenté, a aquella

serie de preguntas. No me parecía la muerte de Joan producto de un crimen pasional, a pesar de que, en el poco tiempo que la había tratado, había podido advertir su extremada volubilidad, que la hubiera, hecho caer presa con facilidad de las exacerbadas pasiones de un hombre celoso. Pero allí no había crimen por amor. Los motivos eran muy otros. ¿Cuáles? Era una perogrullada; pero hasta que no conociera dichos motivos no podría hallar el nombre del asesino.

¿O era una asesina?, se me ocurrió de repente. El hecho de que el automóvil de Jovita hubiera sido lavado de sangre al día siguiente de la muerte de Barry Spirow, me llenó el cuerpo de escalofríos. Entonces sí que hubiera tenido cabida la hipótesis de la muerte de Joan por celos. Pero ¿a los seis meses?

Apreté los dientes. ¡Maldito lío!

Era ya de noche. Busqué un teléfono público y llamé a la policía, denunciando el crimen. Después me marché a otro sitio, desde el cual me puse en comunicación con Jovita.

Su voz resonó llena de ansiedad.

—¡Earl! ¿Cómo estás? ¿Dónde te has metido durante todo el día?

—Le siento, nena —contesté—. He tenido bastante trabajo. Ella debió notar en mi voz algo que no le gustó.

—¿Sucede algo de particular? —inquirió alarmada.

—Por ahora… no. Escucha, tengo que hacerte unas preguntas.

—Sí, Earl. ¿De qué se trata?

—He averiguado que alguien utilizó tu coche en el día de la muerte de Barry. ¿Fuiste tú?

—¿Yo? ¡Oh, qué cosas dices! Pero si por aquellas fechas lo tenía estropeado.

—¿Estás segura de ello?

—Absolutamente. La cuenta del taxi para llegar a mi casa no es agradable de pagar.

—Entonces, no lo entiendo —mascullé.

—¿Por qué dices eso?

Medité unos segundos. Después pregunté:

—¿Fuiste tú misma a recoger el coche al taller?

—Oh, no. Me avisaron por teléfono y dije si podían traérmelo. Entonces accedieron, aboné la nota y eso fue todo.

—¿Qué clase de avería tenía?

—Si quieres que te diga la verdad, no lo sé concretamente. Fue Barry el que lo notó y dijo que él mismo se encargaría de repararlo. Me sorprendió muchísimo que a los dos días de su muerte me llamaran de un taller, diciéndome que lo tenían a mi disposición.

—¿Estás segura de que ignoras la avería que sufrió el coche?

—Claro que sí. En estas cosas he sido siempre muy descuidada. Apenas entiendo de mecánica.

—¿Te pasaron factura por la reparación?

—Sí, creo que sí. Pero no me fijé en ella. Solamente vi su importe y lo aboné con un cheque. En aquellos momentos, puedes comprender…

—Lo comprendo perfectamente. Ahora, me gustaría saber si guardas aún esa factura. Me gustaría interrogar al dueño del taller.

—Bien, si aguardas un momento, miraré a ver entre mis papeles. No te retires.

—Conforme. Te espero.

Encendí un cigarrillo mientras tanto. Hube de consumir la mitad antes de que regresara Jovita.

—¿Earl?

—Estoy aquí, nena.

—No es un taller, sino un garaje, según indica el membrete. Y está situado en la Avenida Farquhart, número doscientos tres.

—Estupendo. Iré a interrogar al dueño y…

—¡Aguarda, Earl! Es extraño.

—¿Qué es lo que encuentras de extraño, Jovita?

—La factura. En ella no se indica para nada la menor reparación de ningún mecanismo del auto. Sólo menciona «lavado de tapicería». Earl —preguntó ella, súbitamente alarmada—, ¿qué es lo que quiere significar todo esto?

¡Lavado de tapicería!, repetí. Ello solo podía obedecer a una razón. Las manchas de sangre procedentes del asesinato de Barry.

—Nada de particular, querida —contesté al cabo—. Sólo son investigaciones. No te preocupes y duerme tranquila.

—¿Es que no vas a venir a verme hoy? —inquirió en tono dolorido.

Vacilé unos momentos. Dudaba, Jovita me atraía como la luz a la mariposa… pero no quería quemarme antes de tiempo. Siendo

ella inocente, no me hubiera importado dar mi vida por salvarla —y esto que digo no es simple metáfora—. Pero nunca hubiera levantado un dedo por encubrir sus crímenes, si ella era la autora.

—Lo siento —respondí con voz firme—. Esta noche tengo mucho trabajo. Dispénsame.

Adiós.

Y colgué sin esperar su respuesta.

Volví a encender otro cigarrillo, apenas consumido el anterior. Aspiré el humo con fuerza. Por un lado, la cosa parecía aclararse, en tanto que por el otro daba la sensación de que se oscurecía más y más. ¿En qué quedábamos?

Sin pérdida de tiempo, tomé un taxi y me trasladé a la avenida Farquhart, buscando el número doscientos tres. Una vez allí pedí hablar con el dueño.

Éste me recibió amablemente, mostrándose de inmediato dispuesto a colaborar. Le expliqué todo lo que quería saber y dio una respuesta que no por esperada dejó de llenarme de amargura.

—El coche fue traído por la propia señorita Kerrigan —dijo el hombre—. Ella manifestó que había estado de paseo con un hombre, el cual había intentado propasarse, a lo cual trató de resistirse. En el forcejeo, le golpeó en las narices y éstas sangraron profusamente. Le sugerí un cambio de tapicería, pero ella se negó rotundamente. Insistió en un lavado a fondo, procurando que no quedase el menor rastro de las manchas. Así lo hicimos, aunque luego tuvimos que recordárselo por teléfono, pues parecía haberse olvidado de recoger el coche.

—¿Está seguro de que fue la señorita Kerrigan? —insistí.

—Positivamente. Cuando le llevamos el coche, pagó la factura sin pestañear.

—¿Fue usted quien le llevó el coche?

—No. Uno de mis empleados, Douglas Bindy. Dijo que era muy guapa y que vivía en una casa fantástica, aunque en aquellos momentos parecía muy apenada.

Los hombros se me hundieron. Todos los indicios convergían sobre Jovita. Pero ¿cómo había podido ser tan astuta, tan hipócrita, y sobre todo tan falta de pudor, para engañarme de aquella manera?

—Bien, muchas gracias —contesté con el corazón partido. Y ya

me disponía a retirarme, cuando una idea se me ocurrió de repente —: Oiga, ¿quién recibió el encargo de lavar la tapicería?

—Yo mismo, señor Spencer.

—¿También le pareció a usted guapa la Kerrigan?

—Hombre, lo que se dice guapa… Está bien, pero demasiado grande para mí gusto.

—¿Cómo dice? Ella es alta, pero delgada y muy esbelta. El dueño del garaje se encogió de hombros.

—La que vino aquí era muy alta también, pero daba la sensación de poseer una fortaleza física excepcional. Me fijé sobre todo en sus manos; eran muy grandes y parecían capaces de doblar una herradura con toda facilidad. No sé qué le pudo encontrar Bindy para que le pareciera tan guapa. Está bien de físico, pero anda ya rondando los cuarenta.

Las declaraciones del hombre aliviaron notablemente mi pesar. Ahora la cosa se aclaraba casi por completo. Ya sabía quién había traído el coche al garaje, pero, sin embargo, quise hacer la última prueba.

—¿Se fijó en el color del pelo de la señorita Kerrigan?

—Sí. Era rubia, de eso no me cabe la menor duda —el dueño del garaje escupió a un lado con desdén—. ¡Puah! ¡Teñida!

Estreché su mano calurosamente. Aquel hombre acababa de darme una de las mayores alegrías de mi vida.

—Gracias, amigo, gracias —exclamé con efusión, después de lo cual salí precipitadamente a la calle.

El corazón me saltaba de alegría en el pecho. Jovita no era la asesina. Había sido la Scarmer, pues el ardid se veía enseguida, después de las declaraciones del dueño del garaje. ¡Qué hábil y astuta había sido!

Pero no podía proceder contra ella. Tenía que encontrar pruebas contundentes que me permitieran formular una acusación sin tacha alguna. ¿Cómo hallarlas?

Una voz interrumpió de pronto mis pensamientos.

—¡Jefe!

Me volví. María Duplessis me llamaba desde la ventanilla de un taxi, agitando un sobre en la mano.

—¿Qué hay? —inquirí, acercándome a ella.

—Jefe, me he vuelto loca buscándole por toda la ciudad. Al final

se me ocurrió llamar a la señorita Kerrigan. Ella me dijo que estaría por aquí y entonces vine a toda velocidad… Tenemos más trabajo, ¿sabe?

Vi que el chofer nos miraba con curiosidad. Saqué unas monedas y le pagué el importe de la carrera. Luego, abrí la portezuela e hice que María saliera fuera.

—Venga conmigo —dije, tomándola del brazo y encaminándonos al bar más próximo. Nos sentamos en unos taburetes. Pedí de beber y mientras nos servían leí la carta, cuyos párrafos más sustanciales reproduzco a continuación:

> «… y, francamente, estoy alarmada por la tardanza de mi esposo en contestar a mis llamadas. Dijo que se alojaría en el Hotel Dennis de esa ciudad, pero en el hotel me han dicho que hace cinco días que no saben nada de él y que se marchó, dejando el equipaje en la habitación, sin que haya vuelto hasta ahora. Mi esposo se llama Thomas Ermessy Dustly, tiene cuarenta y cuatro años de edad, aunque parece más joven y…»

—¡Ermessy! —exclamé, sin poder contenerme.

—¿Qué significa este nombre? —preguntó María, muy intrigada.

Despaché de un trago mi copa de *whisky*. Luego concluí la lectura de la carta, en la cual la señora Dustly me pedía investigara la desaparición de su esposo, adjuntándome un cheque de cien dólares para los primeros gastos.

—Ermessy —repetí de nuevo, recordando el trocito de papel que había hallado en la mano del tipo apuñalado en los estudios de Spirow.

De modo que aquel desconocido había sido el tío de Barry. Un nuevo embrollo más que añadir a los muchos de aquel apasionante enigma… o quizá un hito más en el esclarecimiento del mismo.

—Bueno, jefe —dijo María con impaciencia—, ¿qué es lo que piensa hacer?

—Se lo diré más tarde. Ahora, vaya a ver a su novio y dígale que ya sé quién es el tipo que apareció quemado en los estudios de Barry Spirow.

—¿Qué es lo que va a hacer usted mientras tanto?

Recordando la hipocresía de Paula Scarmer, me dije que no estaría de más hacerle una nueva visita. Y esta vez lo haría sin sentir ninguna compasión por ella, apretándole las clavijas hasta que soltase todo lo que quería saber.

—Voy a ver a una persona. Mientras tanto, usted se encargará de contestar a la señora Dustly.

—¿Y qué le digo?

—Simplemente, que tomamos buena nota de su encargo y que le comunicaremos los resultados tan pronto tengamos la menor noticia de su esposo. Adjúntele un recibo también por los cien dólares, no se olvide.

—¿Es Dustly el tipo que apareció carbonizado?

—¡Ajá! —contesté, poniéndome un cigarrillo en la boca.

—¿Quién lo mató, jefe?

—Es usted demasiado curiosa, señorita. Pase que lo sea su novio, pero usted debe tratar de curarse de esa enfermedad típicamente femenina —pagué la consumición y me bajé del taburete—. Ande, vaya y haga lo que le he dicho. Bueno, la carta puede redactarla mañana. Pero lo otro puede hacerlo ahora; usted mejor que nadie sabe dónde se halla Martin.

Ella pegó una patadita en el suelo.

—¡Qué oficio el suyo! Precisamente esta noche que íbamos a cenar juntos para ver luego una película… y hay quien se le ocurre apuñalar a una individua. ¿Qué le parece?

—Casos como el que ha citado los tendrá con frecuencia cuando se llame usted María Klanner. Tendrá que resignarse a vivir una existencia distinta a la de los otros.

—Sí —suspiró María, resignada.

Me despedí de ella y luego busqué un taxi que me trasladara a mi casa, pues deseaba quedarme solo un rato para concentrarme en mis pensamientos. Agité una mano y un coche se detuvo al instante junto al bordillo de la acera.

El coche no era un taxi. Miré hacia su interior con curiosidad y en aquel momento, una voz de desagradables acentos dijo:

—Suba, Spencer.

La voz estaba apoyada por una pistola dotada de silenciador, y manejada de tal forma que sólo yo podía ver el ominoso brillo del

arma.

Me resigné a lo inevitable. Si trataba de huir, no conseguiría otra cosa que recibir un balazo en la espalda y los forajidos escaparían antes de que la gente pudiese advertir nada. No podía hacer otra cosa y ellos lo sabían.

Incliné el cuerpo para entrar en el coche y en aquel momento el tipo de la pistola me golpeó con ella, derribándome de manera fulminante.

CAPÍTULO XII

Recobré el conocimiento minutos más tarde. El golpe no había sido muy fuerte, aunque sí aplicado con la potencia justa para atontarme y dejarme reducido a la inconsciencia. Noté que viajaba tendido en el fondo del vehículo y que los forajidos apoyaban sus patazas sobre mi cuerpo sin rebozo alguno, en tanto charlaban de temas intrascendentes.

La cabeza me dolía muchísimo. Sin embargo, un oscuro instinto me dijo que debía permanecer en la misma postura, fingiendo estar desmayado todavía. Aquel paseo no tenía como objeto precisamente respirar el aire fresco de la noche, y mientras tuviese un átomo de consciencia, debía procurar por mi vida como fuese.

El coche rodó durante un cuarto de hora aproximadamente. Después, su conductor refrenó la marcha, reduciéndola casi del todo. Advertí que el automóvil viraba en la misma carretera, poniendo proa a la ciudad, pero en lugar de regresar, se detuvo en el borde mismo del camino.

—¿Qué hora es, Shackles? —preguntó uno.

—Las once y dos minutos —dijo el aludido.

—El rápido del Sur pasará dentro de siete minutos.

Sentí que los cabellos se me erizaban. En un instante comprendí las intenciones de aquellos forajidos. Estábamos en el lugar donde había sido muerto Spirow y, por supuesto, la forma de asesinarme era la más cómoda y menos comprometedora para ellos. Nadie creería en un suicidio mío, pero ésta tendría que ser la versión oficial, a la larga. O también un accidente. En ninguno de los dos casos, no podrían relacionar al trío con mi muerte.

—¿Sigue dormido?

—Sí. Le di bien. No se despertará hasta que Satanás le de unos

golpecitos en el hombro.

Rieron salvajemente. Por lo visto la cosa les divertía.

—Si es que le queda hombro —dijo otro, y volvieron a reír.

Percibí de pronto es chasquido de un encendedor. Mantuve los ojos cerrados, simulando continuar con la falta de conocimiento.

El tiempo pasó lento, interminable. De pronto, Shackles dijo:

—Faltan ya sólo dos minutos. Andando. Tú —se dirigió, según parecía, al conductor—, vigila. Usa los ojos, ¿estamos?

—Descuida —contestó el aludido, ahogando un bostezo.

Sentí que se abría la portezuela. Unas manos tiraron de mí por los pies y mi cabeza rebotó dolorosamente contra el suelo. Aún no sé cómo pude contener un grito y continuar con la ficción.

Luego noté que me levantaban entre los dos, llevándome hacia los rieles. Jadeaban.

—¡Cuernos! ¡Este tío pesa más de lo que parece!

—Cuando el tren le haya pasado por encima, no pesará nada —dijo bestialmente el otro.

Poco a poco nos fuimos acercando a la vía. Entonces oí a lo lejos la sirena del tren.

Un sordo fragor llegó a mis oídos. El rápido se acercaba ya hacia la ciudad. La distancia a la misma era de más de dos kilómetros y cuando pasase por allí mantendría todavía una velocidad superior a los cien horarios. Lo suficiente para atomizarme.

El estruendo del tren se acentuó. Entreabrí los párpados y pude distinguir a lo lejos el fanal de la locomotora, brillando como un ojo amarillo en la oscuridad de la noche.

Decidí que era el momento de luchar por mi vida Súbitamente, actuando de modo imprevisto, encogí los pies al máximo, disparándolos luego hacia adelante con todas mis fuerzas.

El forajido, cogido por sorpresa, vaciló y acabó por caer al suelo. Shackles y yo rodamos también, pero fui el primero en levantarme y revolverme contra él.

Shackles lanzó un rugido de cólera, al mismo tiempo que intentaba sacar su pistola. Aquellos momentos no eran para andarse con contemplaciones. Levanté el pie derecho y se lo clavé en la ingle, haciéndole caer al suelo en medio de espantosas convulsiones.

Quise arrojarme sobre él para arrebatarle la pistola, pero en

aquellos momentos percibí un ruidito a mi espalda. Me volví, justo en el instante en que el otro individuo caía sobre mí, enarbolando su pistola por el cañón.

Olvidándome de mi herida del brazo izquierdo, quise levantarlo para parar el golpe, y lo conseguí, pero a costa de recibirlo justamente en el lugar donde me alcanzara el puñal. Un lacerante dolor que me recorrió el brazo de arriba abajo, hizo brotar de mi boca una ruda imprecación.

El estruendo del tren era mayor a cada momento. El reflector de la locomotora se acercaba más y más.

Esquivé un segundo golpe de milagro. Alargué la mano derecha y pude conectar mi puño con la mandíbula de mi oponente… Éste retrocedió un par de pasos.

Sus ojos me miraron con furia demoníaca. Quiso volver la pistola para empuñarla por la culata y disparar contra mí, pero pude impedirlo antes de que fuera demasiado tarde. Me arrojé sobre él, aferrando su muñeca con todas mis fuerzas.

El tipo se resistió. Su mano libre me golpeó la cara sañudamente. Levanté la rodilla, pero el golpe resultó poco menos que ineficaz; había podido encoger el vientre a tiempo. Volvió a castigarme la cara.

El suelo trepidó por la proximidad del tren. De pronto, con tremendo espanto, me apercibí que estábamos luchando en la misma vía, entre los dos carriles.

Sentí sobre los ojos el resplandor del faro de la locomotora. Ésta rugía a todo vapor mientras cargaba contra nosotros dos.

Hice un esfuerzo desesperado, frenético. Bajé la cabeza y golpeé la nariz del individuo con mi frente. El rufián lanzó un aullido de dolor. Exponiéndome a recibir un balazo, solté su muñeca armada y le golpeé con todas mis fuerzas en un lado de la cara.

El pandillero trastabilló. Tropezó en una de las traviesas de la vía y cayó a cuatro patas sobre la misma. Entonces, con un salto loco, me salí fuera del entre carril, rodando aparatosamente por el suelo.

El tren se acercó bramando. Su sirena aulló de modo rugidor. Sentí que un dolor vivísimo me laceraba el brazo izquierdo, pero no hice caso apenas.

Me incorporé a medias, jadeante, exhausto, casi sin respiración.

En aquel instante, el pandillero se ponía en pie y trataba de saltar fuera de la vía, lo mismo que yo.

Su gesto resultó tardío. La embestida de la locomotora le alcanzó apenas iniciado el salto, enviándole de nuevo al suelo, por el que rebotó como un trágico pelele. Luego, las ruedas concluyeron su destructora labor, destrozando por completo su cuerpo, jirones del cual quedaron esparcidos por la vía en una longitud inacabable.

El espectáculo me infundió náuseas. Traté de levantarme, en tanto el tren se alejaba a toda velocidad. Tanto si los maquinistas me habían visto como si no, se imponía el alejamiento de allí cuanto antes.

Entonces vi que Shackles se movía. Aún tenía las manos en el vientre. Me vio vivo y eso le volvió loco. Una vez más trató de echar mano a su pistola.

Pero aunque molido a golpes, me encontraba en franca ventaja sobre él. No me dio apuro alguno levantar el pie derecho por segunda vez y aplicárselo con todas mis fuerzas en el lado derecho de su rostro. Crujieron unos huesos y Shackles lanzó un aullido, cayendo luego al suelo.

En aquel momento percibí una voz.

—¡Shackles! ¡Hunt!

Me estremecí. Había olvidado al conductor del automóvil. ¿Qué hacer para librarme de su embarazosa presencia?

Sin dudarlo un instante, me arrojé sobre el inerte cuerpo de Shackles y le arrebaté la pistola. Luego, encorvado sobre sí mismo, me acerqué hacia el chófer, que caminaba cautelosamente hacia mí.

Quería salir de allí. Procuraría desarmarle, pero si el tipo aponía alguna resistencia…

—¿Eres tú, Shackles? —preguntó el rufián, alarmado.

Gruñí una respuesta ininteligible. Esto no pareció gustarle mucho, porque le vi echar mano a la pistola.

Decidí que no podía concederle otra opción. Levanté ligeramente la mano y gatillé velozmente el arma.

Los fogonazos salieron muy atenuados a causa del silenciador. Apenas si se oyó otro ruido que el de unas ligeras palmadas. Tuve que consumir el cargador entero, francamente, pues entre mis buenas cualidades no figura la de ser un buen tirador.

El tipo giró violentamente sobre sí mismo al recibir los primeros

disparos. Lo hizo sobre el mismo sitio, de modo que el resto de los proyectiles le entraron por la espalda, empujándole con tremenda fuerza hacia el suelo. Gritó un par de veces, pero sus lamentos se apagaron casi instantáneamente.

Cuando vi que no salía ninguna bala más del arma, la arrojé todo lo lejos que pude.

Entonces me noté muy cansado, terriblemente fatigado.

Sentí que algo caliente y pegajoso se me escurría por el brazo izquierdo. Supe al momento que la herida se había reabierto, pero confié en que tendría tiempo suficiente para llegar a mi casa y curarme. Tambaleándome como un beodo, con todo el lado derecho de la cara completamente hinchado, las ropas destrozadas y hechas jirones, me encaminé hacia el automóvil de los forajidos, único recurso que tenía para llegar a la ciudad con la mayor rapidez posible.

Me senté tras el volante y di el contacto. Encendí los reflectores, iluminando el camino.

Luego embragué y metí la primera. El coche empezó a rodar.

Tuve que agarrar el volante con la mano izquierda, que aparecía completamente enrojecida, a pesar de que el menor movimiento me causaba un dolor agudísimo, pues necesitaba la otra para manejar la palanca de cambios. Subí a segunda y luego metí la directa, acelerando progresivamente.

Entonces, cuando ya me consideraba en franquía, una figura salió al centro de la carretera. Reconocí al tipo en un instante. Era Shackles, con la mandíbula torcida en un ángulo grotesco y las ropas en desorden. Por lo visto, debía ser un tipo a quien le gustaba llevar encima un arsenal, porque vi en su mano el brillo metálico de un revólver de pequeño tamaño.

Pequeña o no, aquella arma se interponía entre él y mi libertad, Pisé el acelerador a fondo, en el momento en que un orificio redondo, bordeado de rayos estrellados, aparecía en el parabrisas.

El coche se arrojó rugiendo contra Shackles, cuyo cuerpo voló despedido a un lado del camino. Escuché un crujido horroroso y luego el camino quedó despejado.

Llegué a la ciudad por un milagro de mi voluntad. Detuve el coche y me bajé de él, cruzando la acera a la carrera. El corazón me latía con dolorosa violencia y me sentía los pulmones a punto de

estallar.

Me metí en el ascensor, sintiendo que me flaqueaba la vista. Subí hasta la planta donde tenía mi apartamiento y abrí la puerta, saliendo al corredor. Caí de rodillas un momento, debiendo apoyarme con la mano derecha en el suelo. Abrí la boca buscando aire.

Me incorporé penosamente. Por unos momentos permanecí en pie, oscilando de un lado para otro, sin poder moverme. Al fin pude adelantar un pie.

Dando trompicones, pude llegar finalmente a la puerta de mi apartamiento. Busqué las llaves en mi bolsillo. La puerta se abrió y crucé el umbral.

En el momento en que lo hacía sonó un grito.

—¡Earl!

Miré frente a mí. Tenía las pupilas desenfocadas y sólo pude ver una mancha blanca.

Hice un esfuerzo y encima de la mancha que era el vestido, apareció el rostro de Jovita.

Quise avanzar hacia ella, pero de pronto el suelo se levantó con violencia y me pegó en pleno rostro, haciéndome lanzar un aullido de dolor.

CAPÍTULO XIII

Jovita corrió hacia mí. No había perdido del todo el conocimiento, pero me sentía débil e impotente como un niño recién nacido.

Oí que la muchacha pronunciaba mi nombre varias veces seguidas, con acento angustiado. Hice un esfuerzo y levanté la cabeza, tratando de sonreír.

—¡Dios mío! Earl, ¿qué te ha sucedido? —preguntó, consternada.

—Luego…, te explicaré. Ahora… ayúdame… a curarme…

Metió sus manos por bajo de mis brazos y con su colaboración pude incorporarme lo suficiente para caminar hacia mi dormitorio. Una vez allí me despojé de la chaqueta, de la camisa y de la camiseta, éstas empapadas en sudor y sangre. Jovita se horrorizó al ver mi aspecto, aunque no perdió la serenidad.

Me curó eficientemente, lavándome bien las heridas. Puso agua a calentar, limpiándome el rostro que tenía magullado. Vendó mi brazo cuidadosamente, empleando para ello tiras enteras de una sábana limpia que destrozó sin compasión.

Mientras me curaba, bebí algunos tragos de licor. Al concluir, ya tenía café hecho y un par de tazas me aliviaron notablemente, aunque, por supuesto, apenas si podía mover un dedo.

—¿Cómo se te ocurrió venir aquí? —pregunté al cabo.

—Estaba inquieta, nerviosa —dijo—. Tú no quisiste ser demasiado explícito… y en vista de ello, decidí venir a verte… Oh, Earl, te he esperado tanto rato, que ya desconfiaba de que volvieras a casa. Si supieras el susto que me llevé al verte entrar…

Estaba arrodillada en el suelo, al lado de la cama. Pasé la mano sana por sus hombros y la atraje hacia mi pecho.

—¿Has hecho eso solamente por mí? —pregunté.

Ella levantó la cabeza y clavó en los míos la límpida mirada de sus ojos.

—No lo hubiera hecho por otro hombre, Earl —confesó llanamente.

Tenía los labios magullados por los golpes, pero no me dolieron cuando los junté con los suyos. Ella se me abrazó de pronto, crispando sus manos en torno a mi cuello.

Su boca quedó junto a mi oreja. Sentí sus estremecimientos al mismo tiempo que hablaba.

—Oh, Earl, Earl…, ¿cuándo se acabará esta maldita pesadilla? —dijo—. Yo te metí en ella… y ahora tengo miedo, mucho miedo. A veces me digo si no sería mejor para los dos terminar con todo de una vez…

Se separó de pronto, mirándome con expresión iluminada.

—Sí, eso es —dijo de pronto con acento vehemente.

—Vayámonos de la ciudad, muy lejos de aquí, donde nadie nos conozca, donde podamos vivir con toda tranquilidad, sin temor a nadie ni a nada…

La atraje nuevamente hacia mí.

—Querida —dije—, eso no puede ser. Te lo agradezco infinito, pero antes de poner en práctica un plan semejante, he de terminar con el que tengo entre manos.

—Yo fui la que te indujo a meterte en este lío. Te pago por trabajar para mí —dijo, haciendo un desesperado esfuerzo por inducirme al abandono—. Ahora te ordeno que ceses en tus investigaciones. Ya no lo deseo.

Moví la cabeza negativamente.

—Ahora ya, no podría apartarme de ello aunque quisiera. He de llegar al fin. Mi vida ha corrido grave peligro esta noche y no puedo asegurar que no atenten contra ella en días sucesivos. Ya no se trata de averiguar quién es el asesino, sino de una lucha a muerte que se ha entablado entre él y yo. Es cuestión de sobrevivir, para que lo entiendas de una vez, Jovita.

—¡Dios mío! —Su rostro palideció repentinamente.

—¿Es cierto eso que me dices, Earl?

—Jamás he hablado tan en serio en todos los días de mi vida, excepto para decirte que estoy locamente enamorado de ti y que, si me aceptas, me casaré contigo tan pronto lo permitan las

circunstancias.

—¿Que si te acepto? —rió jubilosa. Me echó nuevamente los brazos al cuello y me besó con apasionamiento—. ¿Y crees que después de lo sucedido podría pertenecer a otro hombre?

—Gracias, cariño. Sin embargo, creo mi deber advertirte, antes de que des un paso en firme en ese sentido, que si te casas conmigo, lo harás con un tipo que esta noche ha matado a tres hombres.

Su rostro se ensombreció de pronto al escuchar tan desagradables palabras. Luego sonrió con dificultad.

—Sólo el que es hombre de veras elige el único camino que le es dado tomar sin mengua de su honor y de su hombría —dijo sencillamente—. Y yo estoy convencida de que no has actuado de esa manera sin una razón muy poderosa.

—Gracias, querida —dije, sinceramente conmovido por tan halagadoras palabras.

—¿Por qué mataste a esos tres hombres? —preguntó.

—¡Defendía mi vida, Jovita! Y la tuya de rechazo —respondí. Acto seguido pasé a relatarle lo ocurrido desde que me separé de María, sin omitirle el menor detalle.

Jovita me escuchó en silencio, estremecida de horror Luego volvió a abrazárseme, permaneciendo así unos momentos, en completo silencio, sin pronunciar una sola palabra. Los latidos de su asustado corazón eran perceptibles claramente junto a mi pecho.



—¿Quién ha sido?

Después se separó un poco y me miró.

—Earl, ¿por qué querían matarte esos tipos?

—Sospechan, y no sin fundamento, que estoy muy cerca de la solución final.

Naturalmente, no les interesa que la averigüe. Eso es todo.

—¿Y tú sabes quién es el asesino de Barry? La miré fijamente a los ojos.

—Sí.

—¿Quién? —preguntó ella.

—Mañana por la noche lo sabrás.

—¿Y por qué no ahora? ¿Es que no confías en mí?

—Por completo. ¿Cómo no va a confiar uno en la mujer que va a ser la esposa propia dentro de muy poco? Pero prefiero mantenerte en la ignorancia; para ti, en los momentos actuales, es lo más conveniente.

Pareció decepcionada, aunque terminó por resignarse. Sonrió, tratando de ocultar su desencanto.

—Bien —dijo—, espero que sabré esperar hasta mañana. Me gustaría quedarme aquí contigo, por si necesitas algo esta noche, pero…

Acaricié suavemente su mejilla.

—Ya estoy mucho mejor —dije—. Y mañana, me encontraré como nuevo.

Capítulo XIV

A la mañana siguiente, no sólo no estaba como nuevo, sino que parecía muy usado, tanto como un estropajo viejo. El cuerpo me dolía de arriba abajo y de derecha a izquierda, tenía bastante hinchado aún todo el lado izquierdo de la cara y experimentaba cierta dificultad al masticar. No obstante, y con un poco de buena voluntad y bastante apetito, pude despachar el suculento desayuno que había encargado me subieran al apartamiento.

Al terminar empecé a vestirme, cosa que me costó el doble de tiempo que en circunstancias ordinarias. Cuando ya estaba a punto de lanzarme a la calle, sentí que llamaban a la puerta.

Al principio estuve por no contestar. Luego, armándome de un florero, me dirigí a la puerta y la abrí, retirándome a un lado presurosamente, con el fin de poder rechazar el posible ataque.

La cabeza del sargento Klanner asomó con precaución por el escaso hueco que había dejado. Luego giró el rostro y me vio con el florero en alto.

—Eh, amigo, que no he venido a la guerra.

Dejé el florero en una repisa cercana. Luego cerré y me encaré con el policía.

—¿Qué le trae por aquí, Klanner?

—Hablarle de una cosa. O de dos, mejor dicho —contestó.

Sacó un periódico del bolsillo y lo desplegó ante mí. Sus titulares de la primera página ofendían la vista con letras de diez centímetros de altura.

Una de las informaciones decía:

«*Atractiva rubia asesinada a puñaladas en su estudio*

de delineante».

Y en letras más pequeñas:

> «Ignórase momentáneamente la identidad del asesino, aunque la policía asegura tener una firme pista para lograr su detención. ¿Fueron los celos los motivos del crimen?».

La otra información era aún más escandalosa. Decía:

> «¿*Guerra de pandillas en la ciudad*? —Esta mañana han sido descubiertos los cadáveres de tres notorios individuos que tenían cuentas pendientes con la justicia, esparcidos en una distancia de unos doscientos metros. Uno de ellos murió, o fue arrojado a la vía para que muriera, atropellado por el tren. El segundo recibió una terrible andanada de balazos, y el tercero mostraba la mandíbula fracturada por un puntapié antes de ser destrozado por un automóvil lanzado a toda velocidad. ¿Qué es lo que se esconde tras estas muertes?».

Levanté la vista del periódico y miré a Klanner.

—¿Por qué me enseña esto a mí? —inquirí.

El policía sacó un palillo de dientes de su bolsillo y se lo puso en la boca.

—Me supongo que no fue usted el que liquidó a la rubia, pero, dígame, ¿cuál fue su participación exacta en la muerte de esos tres forajidos?

—El ciento por ciento —contesté sin pestañear.

—¿Se cargó a los tres? ¡Qué bestia!

—Cuidado con los comentarios, polizonte —dije, amoscado—. Lo hice solamente para defender mi vida en peligro. Me habían secuestrado y pretendían arrojarme sin conocimiento al paso del

rápido de las veintitrés cero nueve. Cometieron un error: creer que estaba desmayado y no haberme atado de pies y manos desde un principio.

Klanner puso un pie sobre una silla y apoyó su codo en la rodilla, mirándome fijamente:

—Cuénteme, cuénteme —dijo—. Esto se pone interesantísimo.

Puesto que no tenía otro remedio, le relaté todo lo sucedido, desde el momento en que acudiera a casa de la Armitage hasta que regresé a la mía. Pero le oculté dos cosas: la máquina con la cual había sido escrita la nota amenazadora y la presencia de Jovita en mi casa.

Klanner escuchó en silencio, sin pestañear en todo el tiempo que duró mi narración. Al finalizar, dijo:

—Desde luego, ha hecho una buena tarea, Nos ha quitado de encima un peso, eliminando a esos tres forajidos. La ciudad tendría que darle una medalla, si valiera mi opinión.

—Gracias. ¿Los conocía usted?

—Sí. Eran tres tipos de vida turbia, pandilleros baratos, que solían alquilarse al mejor postor para faenas sucias como la que le pretendieron hacer a usted. Sin embargo, hasta ahora no tenemos noticias de que se hubiesen embarcado en un asesinato. Lo suyo era el apaleamiento, la coacción por medios violentos, en fin, todo menos las muertes violentas, aunque era lógico suponer que un día u otro terminarían así.

—De modo que, en su opinión, ellos actuaban por mandato de otro.

—Exactamente.

—Sería interesante —dije—, conocer a su patrón habitual.

—No le entiendo —respondió el policía.

—Lo más seguro —expresé— es que Shackles y los otros dos sirvieran de modo más o menos fijo a las órdenes de un tipo de vida airada y que el que quisiera obtener sus servicios, los alquilase por intermedio de éste.

—Es cierto, no se me había ocurrido esa idea. ¿Tiene el teléfono a mano? Lo averiguaremos enseguida. Voy a preguntárselo al sargento Donaldson, que tiene a su cargo la sección de maleantes.

—Venga conmigo.

Mientras que Klanner hablaba por teléfono, encendí un

cigarrillo. Esperé cosa de un minuto, al cabo del cual el policía se volvió hacia mí.

—Donaldson dice que habitualmente solían trabajar para un tal Assumpto Da Loura.

—¡Assumpto Da Loura! —comenté, asombrado—. ¿Y quién es ese tipo?

—Un brasileño, o al menos eso dice él. Es dueño del «Atlantic».

—¡El «Atlantic»! —exclamé, poniendo una boca de «O» mayúscula.

—Sí. ¿Por qué tanta extrañeza?

—Es curioso… —murmuré—. Hace unos días, me hablaron de ese local, pero no puedo recordar exactamente quién.

Claro que sabía quién me había hablado del «Atlantic», pero por el momento prefería mantener la boca cerrada. Fingí concentrarme y luego le miré con falsa expresión de desaliento:

—Lo siento, amigo, no consigo recordar quién fue. Klanner se resignó. Luego dijo:

—María me habló ayer del tipo que se había quemado en los estudios de Spirow.

¿Quién es?

—Se llamaba Thomas Ermessy Dustly. Lo sé porque me lo dijo su viuda de una manera indirecta —y acto seguido le di todos los detalles posibles del fallecido tío de Barry.

Klanner me escuchó en silencio, sin dejar de masticar su palillo de dientes. Al terminar asintió con un gruñido.

—Entonces, usted supone que el que mató al tío de Spirow es el mismo que asesinó a la Armitage.

—Justamente.

—¿Y… quién es? —preguntó el policía con sorna. Me puse la mano derecha sobre el pecho.

—Yo, no.

—Pero conoce su identidad. Solté una leve risita.

—Soy un consciente cumplidor de las leyes ciudadanas, sargento. Si supiera quién es el asesino de Dustly y de la Armitage, se lo diría inmediatamente.

Klanner me miró fijamente. Luego sonrió.

—Embustero.

—A su gusto, sargento. Pero conste que no me ofendo por el

insulto. Piel de elefante y corazón de niño, ése es mi lema.

—Un lema muy acomodaticio para uno mismo —gruñó el sargento—. Bien, no quiero molestarle más. Adiós.

—Adiós.

Cuando se hubo marchado, me enjugué el sudor de la frente con un pañuelo.

—¡Uf! Creí que no iba a marcharse nunca.

Esperé un buen rato, hasta que estuve seguro de que Klanner se había alejado lo suficiente como para poder salir de casa sin temor alguno. Entonces lo hice yo y me encaminé sin dilación alguna al domicilio de Carmen de Diego.

Deseaba corroborar una vehemente sospecha que había surgido en mi mente apenas el policía mencionó el nombre del local donde la vehemente hispana vendía cigarrillos y flores. Si Da Laura era su dueño, era lógico que Carmen, más o menos, estuviese enterada de alguno de los trapicheos de su dueño y entonces hubiese servido de intermediaria para la contratación de los tres «torpedos» que tan trágico fin habían tenido la noche anterior.

¿Quién le había pedido tal servicio?

Era fácil suponérselo.

Llegué poco más tarde al domicilio de Carmen. Llamé y no me contestó nadie. Aquello me intrigó. A la hora que era, tenía que estar forzosamente en casa; su trabajó en el «Atlantic» terminaba muy tarde.

Llamé una vez más al timbre de la puerta, sin obtener contestación. Entonces me dispuse a hacer lo mismo que en casa de la Armitage, pero vi que no era necesario. La puerta estaba entornada simplemente.

Franqueé el umbral y cerré a mis espaldas, arrugando la nariz al percibir el olor a licor y a tabaco quemado. Se necesitaba estómago para dormir en aquel ambiente.

¿O quizá le duraba aún la borrachera del día anterior?

El vestíbulo estaba desierto. Pasé al dormitorio de la hispana.

Tal como había supuesto, aún dormía la borrachera. Estaba tendida boca abajo en el lecho, semidesnuda, con el rostro casi totalmente tapado por la almohada.

Meneé la cabeza. Lástima de muchachil. Si seguía así, dentro de cinco años estaría hecha una ruina: los ojos vidriosos, el hablar

inseguro y las carnes, ahora firmes y mórbidas, se habrían vuelto blandas y gelatinosas por el abuso del alcohol.

En fin, suspiré, eso no era cuenta mía. Ya tenía los años suficientes para saber lo que se hacía. Fui hacia ella y la toqué en el brazo que tenía escondido a medias bajo su pecho.

Al hacerlo, el brazo se escurrió fuera del lecho. Tenía un objeto en la mano que se soltó de unos dedos lacios y sin fuerza alguna. Los dedos, rojos de sangre aún fresca, trazaron cuatro rayas encarnadas en la alfombra del suelo. El acero del cuchillo se veía opacado por la sangre que lo cubría hasta la empuñadura.

CAPÍTULO XV

La impresión de horror que había suscitado en mi ánimo la repentina comprensión de la verdad, se pasó bien pronto. Y Tomé a Carmen en mis brazos y la volví de frente. Su carne aparecía aún caliente y el pulso, aunque debilísimo, era perceptible.

La incorporé a medias, tratando de hacerla revivir. Rasgué de un tirón su ropa, viendo que la puñalada había sido asestada en el pecho, entre los senos, ligeramente hacia la izquierda. Era un golpe mortífero y lo extraño era que Carmen estuviese aún con vida.

La llamé a gritos. Ella debió oírme, en las últimas turbiedades de su declinante consciencia y me miró con ojos carentes de brillo.

—¿Quién ha sido? —Casi grité—. ¡Contésteme, Carmen!

Abrió la boca, cuyos labios aparecían exangües. Pero sólo un ininteligible burbujeo salió de ellos. Una espumilla rosada apareció de pronto entre los labios.

Intentó decirme algo. De pronto, su cuerpo sufrió una débil convulsión y su cabeza se ladeó con violencia. Ya no se movió más.

Comprendí que estaba muerta. Suavemente, con la mayor delicadeza, la deposité de nuevo sobre su lecho, juntándole ambas manos en el centro del pecho, que cubrí con una sábana. Bajé sus párpados y los mantuve cerrados un momento, hasta que estuve seguro de que no volverían a abrirse de nuevo.

Entonces me puse en pie. Ni siquiera me molesté en buscar el menor indicio del asesino. Éste habría obrado rápidamente y con efectividad, y como en los casos anteriores, aprovechándose de la impunidad que le confería el ser conocido de sus víctimas.

Pero en este razonamiento había un fallo. Era comprensible que la Armitage y Carmen hubiesen conocido al asesino. ¿Y Dustly? Tampoco había luchado para defender su vida, lo cual indicaba que

la muerte le había llegado por sorpresa. ¿De qué conocía él al asesino…, es decir, a la persona de quien yo sospechaba como autor de aquellos crímenes?

Sacudí la cabeza. Éste era un misterio que se aclararía más adelante, con toda seguridad, antes de que se acabase el día. Mientras tanto, ya sabía cuáles habían sido las causas determinantes de la muerte de la pobre Carmen. El haber intervenido en el contrato de los tres «torpedos» había resultado fatal para ella…, pero no exactamente por su intermediación con Da Loura, sino porque los tres rufianes habían muerto y yo estaba vivo.

El razonamiento era lógico. Si yo había salido con vida, tendría que averiguar, tarde o temprano, quién había pedido a Carmen intercediera acerca de Da Loura para conseguir el contrato de los tres rufianes. Esto era tanto como acusarse a sí mismo y, por lo tanto, sabiéndome a mí a salvo y en libertad de proseguir mis investigaciones, Carmen no podía seguir viviendo. Tenía que morir para callar… y había muerto.

Apreté los labios. Aun en medio de su inconsciencia y de sus otros defectos, Carmen no había sido mala del todo. Y, por otra parte, ella no había tenido la menor intervención en la muerte de Spirow. Su mala suerte había consistido en conocer al inventor; eso era todo.

Salí de la casa con todo cuidado, procurando no hacerme demasiado visible, cosa que logré sin el menor esfuerzo. Una vez eh la calle respiré a pleno pulmón.

Entré en un bar y me tomé un *whisky* doble, mientras me fumaba un cigarrillo. Más que nada, lo hice por tranquilizar mis nervios. Iba a sostener una entrevista cuyo desarrollo preveía, quizá, un poco violento, y quería mantenerme firme en todo momento.

Unos minutos más tarde, tomaba un taxi y me hacía conducir al número 134 de la calle Barrow.

Penetré en la tienda. Paula Scarmer estaba atendiendo en aquellos momentos a un cliente y levantó la vista para mirarme. Su rostro se contorsionó un instante por la cólera, pero al hablarle el cliente volvió a adoptar una expresión de complacencia.

Esperé hasta que ella hubo despachado al cliente. Incluso lo acompañó hasta la puerta de la tienda, la cual cerró luego con el

pasador de seguridad. El detalle me resultó altamente revelador.

Paula volvió detrás del mostrador. Abrió un cajón y me encañonó con un revólver que yo conocía muy bien. No era la primera vez que el revólver y yo nos mirábamos cara a cara.

—¿Piensa matarme aquí mismo, en la tienda? —dije, sin inmutarme ante su actitud.

—Antes quiero saber qué es lo que desea de mi —dijo con acento en el cual se transparentaba el odio más absoluto.

—¿Yo? Oh, nada, únicamente vine a comprar unas pilas de repuesto para mi lámpara portátil —respondí acremente. Saqué cigarrillos y le ofrecí uno—. ¿Usted fuma?

—¡Váyase al infierno! —rugió, aunque en tono bajo—. Sabe demasiado que aquí no vendemos esos artículos.

—Lo siento, quizá me equivoqué. ¿O acaso —añadí en tono intrascendente— es que vine a usted para hablarle de unos planos?

—No sé qué es lo que quiere decirme, ni me interesa —guardó el revólver con gesto brusco—. Descorra el cerrojo y váyase.

—Está bien, está bien —dije—. Vaya un modo de atender a los clientes. No ganará usted mucho dinero de esta manera, señorita Scarmer.

—Eso es cuenta mía, maldito intruso.

—Perfectamente. Me iré. Yo solamente había venido a decirle, por si esto podía interesarle, que los planos que dejó el pobre Barry Spirow (¡qué muerte tan horrible la suya!, ¿verdad?), han aparecido. Según creo, los tiene su prometida… Pero, vamos, no me haga mucho caso. Total, si no le interesan…

—No, no me interesan —contestó secamente. Me quité el cigarrillo de la boca y sonreí.

—Muy bien, dispénseme. Adiós.

Y me dirigí hacia la puerta. Pero cuando ya había descorrido el cerrojo, giré sobre mis talones, enfrentándome de nuevo con la Scarmer.

—A propósito, ¿ha oído usted hablar de Assumpto Da Loura?

—No sé quién es ese individuo. ¿Algún mejicano?

—Una mujer de su indiscutible cultura debería saber que con esos nombres y esos apellidos solamente se puede ser portugués o brasileño. O fingirlo, que no es lo mismo.

—No me interesa el señor Da Loura para nada.

—Posiblemente. De todas formas, por si algún día tiene necesidad de sus servicios, búsquelo en el «Atlantic». Es su dueño, ¿sabe?

—Me deja frío, Spencer. Lárguese de una vez.

—Sí. Bien, de todas formas, repito, si quiere contactar con el señor Da Loura, dígaselo a su antigua empleada, Carmen de Diego. Creo que ahora trabaja en el «Atlantic» como vendedora.

Una sonrisa desdeñosa apareció en los labios de la Scarmer.

—No tengo nada que ver con esa pécora barata —dijo despectivamente— creo que vaya a tratarla en lo sucesivo. Nunca me gustaron sus actitudes ni…

—Se comprende, se comprende —murmuré cortésmente, tras de lo cual, salí a la calle.

Sonreí. Mis disparos, si no habían dado en el blanco, habían alcanzado de muy cerca la diana. Por lo menos, sabía que el objetivo había sido alcanzado sensiblemente. Ahora sólo faltaba afinar definitivamente la puntería y largar la salva final.

Busqué un teléfono y marqué el número de la chica del calendario.

—¿Jovita?

—¡Earl! ¡Dios mío, cómo he estado esperando tu llamada!

—Gracias, nena. Dispénsame, pero no he podido hacerlo antes. He tenido mucho trabajo.

—¿Has averiguado algo positivo?

—Bastante. Lo suficiente para poder decirte que casi tengo ya todos los hilos de la trama en las manos.

—Oh, ¿estás seguro?

—Razonablemente seguro, dentro de las limitaciones propias de un hombre que no se cree infalible. Pero no creo equivocarme mucho al decirte que no pasará de esta noche sin que descubra al asesino.

—¡Dios mío! Si fuera verdad…

—Si fuera verdad, ¿qué harías?

Hubo una corta pausa de silencio. Luego ella volvió a hablarme.

—¿En cuánto tiempo estarías listo para casarte conmigo, Earl?

Aquellas palabras me hicieron dar un vuelco al corazón. Respiré hondo; era un disparo demasiado certero para asimilarlo de una sola vez.

—Por mi parte, mañana mismo, si eso pudiera ser.

—Te tomo la palabra, Earl querido —dijo ella—. Nos casaremos lo antes posible, una vez se haya solucionado todo.

—De acuerdo. No obstante, antes de emprender nuestra vida en común, quiero hacerte una advertencia.

—Sí, Earl.

—Soy pobre y no gano demasiado dinero. Quizá tú… Se echó a reír.

—Querido, ¿sabes una cosa? Te prometí dos mil quinientos dólares por la investigación. Una vez la hayas concluido, ése será tu capital, porque yo no tendré un céntimo.

—Bueno, servirá para el viaje de novios, ¿verdad?

—Earl, amor, ven pronto. Ven, te estoy esperando con ansia —exclamó Jovita apasionadamente.

—Lo siento, nena, tendrás que esperar. Hasta la noche no podrá ser.

—Contaré los minutos uno a uno. ¡Qué largo se me hará el tiempo, querido!

—Procura distraerte como puedas. Y ahora, una advertencia muy importante: no salgas de casa para nada en todo el día, ¿estamos?

—¡Earl! ¿Por qué lo dices? —preguntó ella, muy alarmada.

—No te preocupes y haz lo que te digo. Hasta que vaya yo, encerrada en casa, sin salir para nada, ¿estamos?

—De acuerdo, amor —suspiró y lo hizo tan fuertemente que pude oír el suspiro a través del auricular—. Hasta la noche, entonces.

—Adiós, nena.

Colgué el teléfono. Luego consulté el reloj. Era ya hora de tomar el «*lunch*». Por el momento y hasta que se hiciera de noche, no tenía nada que hacer, de modo que me dispuse a dejar pasar el tiempo de la manera más entretenida posible.

CAPÍTULO XVI

Empecé a pensar que había perdido el tiempo. Ya llevaba allí, escondido entre las hierbas del jardín, más de una hora, en las tinieblas, y durante ese tiempo no se había producido el menor acontecimiento. ¿Me había equivocado en mis cálculos?

Me aflojé el cuello de la camisa. Hacía calor. Un calor pegajoso y sofocante, sin que la menor mota de aire viniese a aliviar la torturante temperatura. A pesar de que estaba quieto, como un piel roja acechando su presa, el sudor me corría a chorros por la espalda.

Tenía unas ganas locas de fumar, pero era forzoso contenerme. No debía hacer patente mi presencia en aquel lugar, ni aun Jovita sabía que estaba allí.

Transcurrió otra hora más. Calculé que eran ya las diez y media. ¿Iba a tener que pasarme una noche en blanco, sin obtener ningún resultado, con la falta que me hacían dos días enteros de reposo?

De pronto se encendió una luz. Era la de la habitación más próxima a la piscina. Una silueta se transparentó a través de los muros de vidrio. La puerta se descorrió y Jovita salió a la terraza.

Levantó la mano y pude advertir, aunque no ver, que estaba dejando la piscina al descubierto. Efectivamente, unos segundos más tarde, un rojo resplandor brotaba de las aguas, iluminando fantasmagóricamente la escena, con mayor razón puesto que las restantes luces habían sido apagadas.

Jovita dio un par de pasos, quitándose el chaquetón de baño que llevaba puesto. Su cuerpo emergió a la luz, cubierto por un deslumbrante bañador blanco, que moldeaba su silueta magnífica de un modo realmente subyugador. Permaneció un momento indecisa y luego, mientras se colocaba el gorro de baño, avanzó

hacia el borde de la pileta.

El traje de baño se tiñó de rojo al recibir de lleno el resplandor de los focos sumergidos. Jovita empezó a meter los rebeldes cabellos bajo el gorro, con el fin de lanzarse al agua unos segundos más tarde.

Entretenido en aquel fascinante espectáculo, a punto estuve de perder la partida. De no haber sido por un ligero ruidito que se produjo no lejos del lugar en que me hallaba, la presencia del asesino me hubiera pasado inadvertida.

Una silueta humana se levantó a unos cuantos pasos de distancia. Luego salí de detrás de mi escondite y le seguí.

Caminamos así durante unos veinte metros. Al fin, cuando el individuo estaba a punto de ganar el borde de la terraza, di un salto hacia adelante.

—¡Quieto ahí! —ordené—. ¡No de un paso más o dispararé!

Mi voz resonó rotundamente en el silencio de la noche. Jovita la oyó y exhaló un leve grito.

—No temas, nena —dije en voz alta—, soy yo. Cúbrete y da la luz de la terraza, ¿quieres?

Sentí el leve chap-chap de sus pies desnudos sobre el cemento. Jovita se inclinó y tomó la salida de baño, que se puso muy nerviosamente. Luego encendió la luz de la terraza.

Un torrente de resplandores cayó sobre nosotros. Al instante, oí que Jovita gritaba de modo desgarrador.

—Vamos —dije a mi presa—. Camine hacia adelante y no haga el menor gesto sospechoso o le agujerearé el pellejo, Barry Spirow.

El hombre se estremeció al oír su nombre. Pero obedeció, llegando al centro de la terraza, en donde le ordené detenerse.

—Quieto ahí, Spirow —dije.

Arrojé una rápida mirada sobre Jovita. La muchacha parecía a punto de desmayarse. Su rostro, a pesar del tono tostado de la tez, aparecía casi tan blanco como el traje de baño que vestía, y sus pupilas se veían enormemente dilatadas.

—¡Barry! —exclamó, con voz apenas audible—. ¡Tú!…

—Sí, yo, el mismo, maldita sea —renegó el asesino—. No quería que supieras que estoy vivo, pero esos condenados planos me han

derrotado. ¿Dónde diablos están, si puede saberse?

Jovita sacudió lentamente la cabeza. Aún permanecía aturdida por la increíble revelación.

—No lo sé, Barry, no lo sé —musitó al cabo—. Nunca lo he sabido, te digo la verdad. Spirow pareció aturdido. Luego, casi gritando, exclamó:

—Pero ¡si te lo dije yo! Recuérdalo, Jovita, haz un esfuerzo.

La muchacha se puso ambas manos en la frente, como si quisiera impedir el estallido de su cráneo.

—¡No lo recuerdo, nunca lo he sabido! —gritó exasperada, frenética.

—¡Condenación! —masculló Spirow.

Su desconcierto parecía legítimo. Me miró a mí, como si yo pudiera darle la solución.

—¿Puedo saber de qué eran esos planos tan importantes? —pregunté.

—Se trataba de una nueva red de válvulas para una instalación de detectores de radar, que multiplicaría la potencia de los actuales, con un ínfimo de consumo de energía, en un mil por ciento. El alcance del radar, en estas condiciones, resultaría prácticamente ilimitado. Hasta podrían construirse detectores portátiles para uso individual.

Silbé. El invento era importante, si es que las manifestaciones de aquel chiflado eran ciertas.

—Lo siento, amigo —manifesté—. Puedo asegurarle con toda seriedad que, hasta ahora, los planos no han aparecido. Y conste que los hemos buscado a conciencia.

—¿Cómo supo que era yo? —preguntó Spirow rencorosamente.

—Por varias razones —repuse—. Usted mismo se delató en más de una ocasión. Pero cuando supe que el muerto en su estudio era su propio tío, entonces ya no me cupo la menor duda de que el asesino era usted. No le convenía que se supiera que estaba vivo, ¿verdad? Y usted, en una visita que hizo aquella noche a su estudio, de modo subrepticio, se lo encontró allí. Y lo mató, pues no le convenía se supiera que estaba vivo. ¿Por qué?

Spirow masculló un juramento.

—No tenía ningún interés, en ello. Pero no le diré más.

—Le obligó la Scarmer, ¿no es eso? —le sugerí. Sus ojos

llamearon de repente.

—¡Sí! —aulló—. Esa mala pécora tuvo la culpa de todo. Ella fue la que me obligó a fingir mi propia muerte, para poder trabajar para ella. Me tenía bien cogido, la muy… —Y pronunció una palabra intranscribible.

—¿Quiere explicarse, por favor? —pregunté sosegadamente.

Spirow se pasó una mano por la frente. Luego empezó a hablar, en tanto yo rodeaba con mi mano el talle de Jovita.

—Las malditas faldas me han perdido —gruñó—. Y esa Paula es una mujer demasiado absorbente para consentir que nadie le haga sombra. Le había hecho más de un encargo en su taller y ella sabía lo que yo valía. Una noche fui un poco locuaz con ella y entonces ideó su plan para apoderarse de mi último invento. Lo había escondido delante de ella en… bueno, ya se lo diré más tarde, pero a pesar de todo… —Spirow miró a la muchacha—. Tú eres buena y me dolía que te causaran ningún mal. Ella me dijo que tenía amistades poderosas que podían disponer de gente para dañarte irreparablemente si no accedía a sus pretensiones. No me quedó otro remedio, créeme, Jovita.

Spirow suspiró un momento. Luego continuó:

—Entonces fingimos mi muerte. No sé cómo, ella se proporcionó un cadáver al que vestimos con mis ropas, dejándole encima todos mis efectos. Luego lo pusimos en la vía del ferrocarril para que el tren lo atropellase, como así sucedió. Y después…

—Pero usted cometió un fallo entonces —objeté—. El dije del llavero que Jovita le había regalado se lo quedó consigo.

—Fue un acto inconsciente —contestó el hombre, confusamente —. ¡Más tarde lo perdí…!

—Cuando me atacó en este mismo sitio —dije, y Spirow concordó conmigo.

—Sí. Luego… ¡Maldición!, han sido seis meses infernales encerrado en la tienda de esa bruja.

—¿Para qué?

—Tenía que reproducir los planos, ¿es que no lo comprende?

—No —contesté secamente—. ¿No podía haber venido a buscarlos?

—Es que no sabía dónde los había escondido Jovita.

—Y sigo sin saberlo —alegó la muchacha.

—Pues yo te lo dije —insistió el asesino.

—Bueno, dejémonos de dilaciones. Continúe, Spirow —ordené con sequedad.

—Está bien. Trabajé como una fiera durante todo ese tiempo y total, ¿para qué? Nada, un fracaso absoluto. Había algo mal en los planos, algo que no respondía, y no lo podía hallar, por más que lo intentaba. Me hubieran dado millones, sí, señor; era el invento de mi vida. Y Paula lo sabía, por ello me retenía en su casa. Jovita, te juro que todo lo hice por ti, para que nadie te hiciera el menor daño.

—Gracias —murmuró la muchacha, confusa. Spirow continuó:

—Cuando Paula vio que la cosa no daba resultado, entonces envió aquella gente a vigilarte, Jovita, para ver si daban con los planos. Luego intervino tu… amigo y entonces Paula decidió pasar a la ofensiva. Pero el primer intento fracasó. Entonces, aquella noche resolví volver a mi estudio, para ver si podía hallar la solución allí. Paula me acompañó, no se fiaba nada de mí. Entonces nos encontramos con mi tío. Éste era muy avaro y quería asegurarse de que la propiedad que iba a heredar valía realmente los gastos que costaría el papeleo de la herencia. Como sabía que yo era inventor, andaba fisgando entre los documentos para ver si encontraba algo interesante. Abreviando: Paula, en un momento de descuido, le apuñaló por la espalda. Luego le arrancó un papel que estaba escribiendo, que era una carta a su esposa, La carta no tenía de comprometedor más que su firma.

—Y al regresar a la calle Barrow, ustedes se dieron cuenta de que faltaba un trocito de papel en la carta y por ello enviaron a los tres forajidos a incendiar el edificio, para que no quedara el menor rastro del asesinato.

—Supongo que fue así. Yo no supe nada hasta el día siguiente, en que leí el periódico. Me puse muy nervioso, pero Paula se me rió en las narices. ¿Qué podía hacer yo contra ella?

Era lastimoso el espectáculo de aquel hombre, vencido y derrotado por una simple mujer. Paula Scarmer debía ser, indudablemente, una hembra de mucho empuje, y la abatida actitud de Spirow así lo demostraba.

—Después me envió la nota amenazadora —manifesté.

—Sí. Lo hice en casa de Joan. Me escapé un día y fui a verla.

Quería saber si Joan sabía algo de los planos. Ella se sorprendió muchísimo al verme, claro. Su respuesta fue negativa y luego, aprovechando un pretexto cualquiera, escribí la carta. Quería apartarle a usted de Jovita.

Ésta hizo un gesto de repugnancia al escuchar las últimas palabras del inventor. Spirow dio un paso hacia ella, con los brazos extendidos, pero luego cortó el gesto con un suspiro de resignación.

—Y Paula se enteró de su salida, ¿no es así? Asintió con la cabeza. Tenía la vista baja.

—Me golpeó. Se puso hecha una fiera. Nunca la había visto tan enfurecida, la verdad. Quise contestarla, pero en sus manos era poco menos que un pelele. Nunca he sido hombre de acción, lo digo de veras. Creí que iba a matarme. Luego dijo que ella lo solucionaría todo… y lo primero que supe fue que Joan había muerto apuñalada.

—¡Rayos! —mascullé—. Vaya una debilidad que sentía la Scarmer por las armas blancas.

—De buena gana la hubiera matado, pero la temía, lo juro —siguió Spirow—. Estaba aterrorizado y no me atrevía a escaparme, porque entonces ella me hubiese denunciado como autor de la muerte del individuo que habíamos hecho pasar por mi cadáver. Además de que siempre hablaba de hacerle esto y lo otro a Jovita. ¡No, no tenía otro remedio que seguir escondido allí!

Daba pena aquel pobre hombre. Era una persona de cerebro brillante, con más de ciento cincuenta de I. Q.[2] por lo menos, y convertido en un guiñapo humano, físico y síquico, en las manos de aquella mujer dominadora y absorbente que era la Scarmer.

El resto era fácil de comprender. Carmen de Diego había muerto por servir de intermediaria en el contrato de los tres «torpedos» y antes yo había estado a punto de morir por demasiado curioso.

Lo único que faltaba era una cosa: los planos del nuevo sistema de radar.

Y había una persona interesadísima en hallarlos, más aún que el propio autor: Paula Scarmer, quien sabía que aquel invento podía reportarle una saneadísima fortuna, La Defensa Nacional pagaría una suma exorbitante por el nuevo sistema para detectar.

—Yo te lo dije, Jovita —insistió el desgraciado—. Te lo juro.

—No —contestó la muchacha con firmeza—. Nada me gustaría

más que hallar esos planos, para demostrarte mi absoluto desinterés por ellos.

Spirow se puso la mano en la frente, como tratando de forzar la memoria.

—¡Espera! —dijo de pronto—. Sí, ahora recuerdo. Te telefoneé, pero tú no estabas en casa, Entonces volví a llamar por la otra línea, la que graba los mensajes automáticamente.

Jovita exhaló un agudo grito.

—¡Dios mío! Pero… si no he usado la grabadora para nada desde que me anunciaron tu muerte… El mensaje debe continuar allí todavía.

Los ojos de Spirow brillaron súbitamente.

—Entonces, los planos están en el mismo sitio donde los escondí.

—Supongo —contestó Jovita.

—¿Y dónde los escondió usted?

—En el iconoscopio del televisor de la sala.

Contuve una maldición. ¡Qué tontos habíamos sido! Ahora se comprendía por qué el televisor estaba estropeado. Como que el tubo de rayos catódicos contenía en su interior un rollo de papelotes. Pero ¿quién demonios iba a sospecharlo?

—Te lo dije por teléfono el mismo día en que Paula decidió mi desaparición —continuó el inventor—. Cuando pongas en funcionamiento la grabadora, oirás el mensaje. Más o menos, venía a decirte que rompieras el iconoscopio, sacaras los planos y los escondieras donde mejor te pareciera.

Compadecí íntimamente al desdichado Spirow. En medio de su declarado donjuanismo —¿qué las daba aquel tipo que las volvía locas a todas?— había ido a caer en los tentáculos de una mujer voraz como un pulpo, que pretendía extraerle el jugo como a un infeliz crustáceo. Pero una cosa había cierta que le hacía digno de mi admiración, a pesar de todo: amaba a Jovita, y todo lo que había hecho había sido ejecutado animado de las mejores intenciones hacia ella.

—Muchas gracias —dijo de repente una voz.

Me volví rápidamente, pero Paula Scarmer fue mucho más rápida. Gatillo su pistola, que vomitó una roja llamarada acompañada de un trueno aparatoso.

Sentí en el pecho un fuerte golpe y de repente me encontré

tendido en el suelo. Jovita quiso arrodillarse sobre mí a mi lado, pero se lo impidió aquella diabólica mujer.

Tenía la plena consciencia de mis actos, pero me sentía absolutamente impedido de mover un dedo. Sentí que un líquido caliente se me escurría por entre el costado izquierdo, aunque no pude hacer nada por evitar la hemorragia.

Los ojos de Paula brillaron con maligno resplandor. Volvió la boca de la pistola hacia Jovita.

—Y ahora tú, maldita —babeó, loca de celos—. Tú vas a ir al infierno a hacer compañía a ese bastardo. Y después, los planos…

Spirow gritó agudísimamente. De modo inesperado, se arrojó sobre Paula, tratando de arrebatarla el arma.

Los dos forcejearon unos momentos, como bestias enloquecidas. De pronto sonaron varios disparos muy seguidos.

Spirow se separó unos cuantos pasos, tambaleándose de modo espantoso, al mismo tiempo que vomitaba la sangre a chorros. Su cuerpo sufrió una fuerte convulsión y luego cayó de bruces sobre el pavimento.

Jovita se tapó los ojos, como si no quisiera ver venir la muerte que adivinaba inminente. Sonriendo con furia diabólica, Paula Scarmer volvió la pistola hacia ella otra vez.

En aquel momento sonó una fuerte voz. Me pareció la de un ángel.

—¡Suelte el arma!

Paula se volvió rapidísimamente, gatillando de nuevo. La boca de su pistola escupió rojas llamaradas.

Frente a ella, otra pistola detonó igualmente. La Scarmer se estremeció. Soltó el arma y se llevó las manos al pecho, súbitamente enrojecido.

Miró estúpidamente al que había disparado. Luego emitió un ronquido espantoso y se tambaleó.

Quiso echar a correr y lo logró a medias, trastabillando a cada paso que daba. De pronto, las fuerzas le fallaron y cayó en la piscina, levantando una enorme oleada de espuma. Su cuerpo se sumergió bajo las aguas y ya no volvió a aparecer.

Seguido por varios policías de uniforme, Martin Klanner entró en escena. Aún tenía en la mano el revólver de reglamento. Lo guardó en tanto que arrojaba una mirada circular en torno suyo.

Escupió. Luego se limpió la boca con el dorso de la mano.

—¡Condenación!… ¡Tener que disparar contra una mujer! —masculló, indignado consigo mismo—. ¡Puerco oficio el mío!

Entonces vi los ojos llorosos de Jovita inclinándose sobre mi rostro. Después, perdí el conocimiento.

EPÍLOGO

Meses más tarde, como representante oficial de los intereses de la señora Dustly, legal heredera de Barry Spirow, recibí un grueso sobre de papel manila, procedente de la Oficina Nacional de Patentes. El sobre venía acompañado de una carta.

La carta venía a decir, en sustancia, una sola cosa:

> «Este invento no es práctico ni de utilidad aplicable, por lo que se le deniega el registro en esta Oficina de Patentes».

Sacudí la cabeza. ¡Y por aquello se habían cometido tantos crímenes!

Pero, en medio de todo, yo había salido ganando algo. La chica del calendario era mi esposa.

Jovita entró en aquel momento. Le di a leer la carta. Luego nos quedamos pensativos.

Después, la realidad de nuestra dicha se impulso por encima de todo.

Sí, la chica del calendario es mi esposa. Claro que ahora no podría servir de modelo a ninguna fotografía. Su estado no lo permite. No obstante, confío en que recobre pronto su esbelto tipo. Cuando haya nacido nuestro primer heredero.

FIN



LUIS GARCÍA LECHA. Nació en Haro (La Rioja) en 1919. Con 17 años el destino le hizo alistarse como infante en el bando nacional de la Guerra Civil. «Van a ser cuatro días», le dijeron, «y conocerás mundo». Pero los cuatro días se convirtieron en tres años de guerra y para rematar la faena, ya con el grado de teniente de la Legión, lo mandaron al Pirineo. En Lérida conoció a la que fue su mujer Teresa Roig. Había que buscarse la vida y se decidió a ingresar en el cuerpo de funcionarios de prisiones en la cárcel Modelo de Barcelona. El destino quiso que en la prisión, cumpliera condena uno de los grandes de la literatura «de a duro», Francisco González Ledesma, «Silver Kane», con el que comenzó a colaborar, en principio por pura curiosidad. Pero la curiosidad se fue convirtiendo en pasión y el funcionario en escritor. La posibilidad de ganarse la vida como escritor le deciden a abandonar su trabajo de funcionario y consagrarse al oficio al que dedicó todos los días de su vida en jornadas de doce horas. Clark Carrados tenía que sacar adelante a su mujer y a sus cuatro hijos y se puso a la heroica tarea. A las seis de la mañana en la máquina de escribir hasta la hora de comer. Siesta y nueva sesión hasta la cena. Sólo así podía llegar a escribir las tres o cuatro novelas a la semana que le exigían las editoriales. —Bruguera, Toray— que imponían a su cuadra de escritores unas

condiciones leoninas, de trabajo a destajo, sin sueldo, que convertían a los «escribidores» en auténticos estajanovistas de la literatura popular.

También ha sido autor de artículos de humor para los tebeos Can-Can y D. D. T., de la editorial Bruguera y de numerosos guiones para historietas de Hazañas bélicas y de aventuras. García Lecha, un hombre introvertido aunque alegre, se enclaustró en su casa de donde apenas salía, construyó folio a folio una obra literaria en la que figuran más de 2000 novelas de todos los géneros, oeste, ciencia ficción, policiales, terror, etc. Utilizó los seudónimos de Clark Carrados, Louis G. Milk, Glenn Parrish, Casey Mendoza, Konrat von Kasella y Elmer Evans. Falleció en Barcelona el 14 de mayo de 2005.

Notas

[1] Rosa chocante. < <

[2] Q. «Intelligence Quotient». **Cociente de inteligencia o de la capacidad intelectual de una persona. (Nota del autor).** <<